

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS
SERIE ★ AIFA

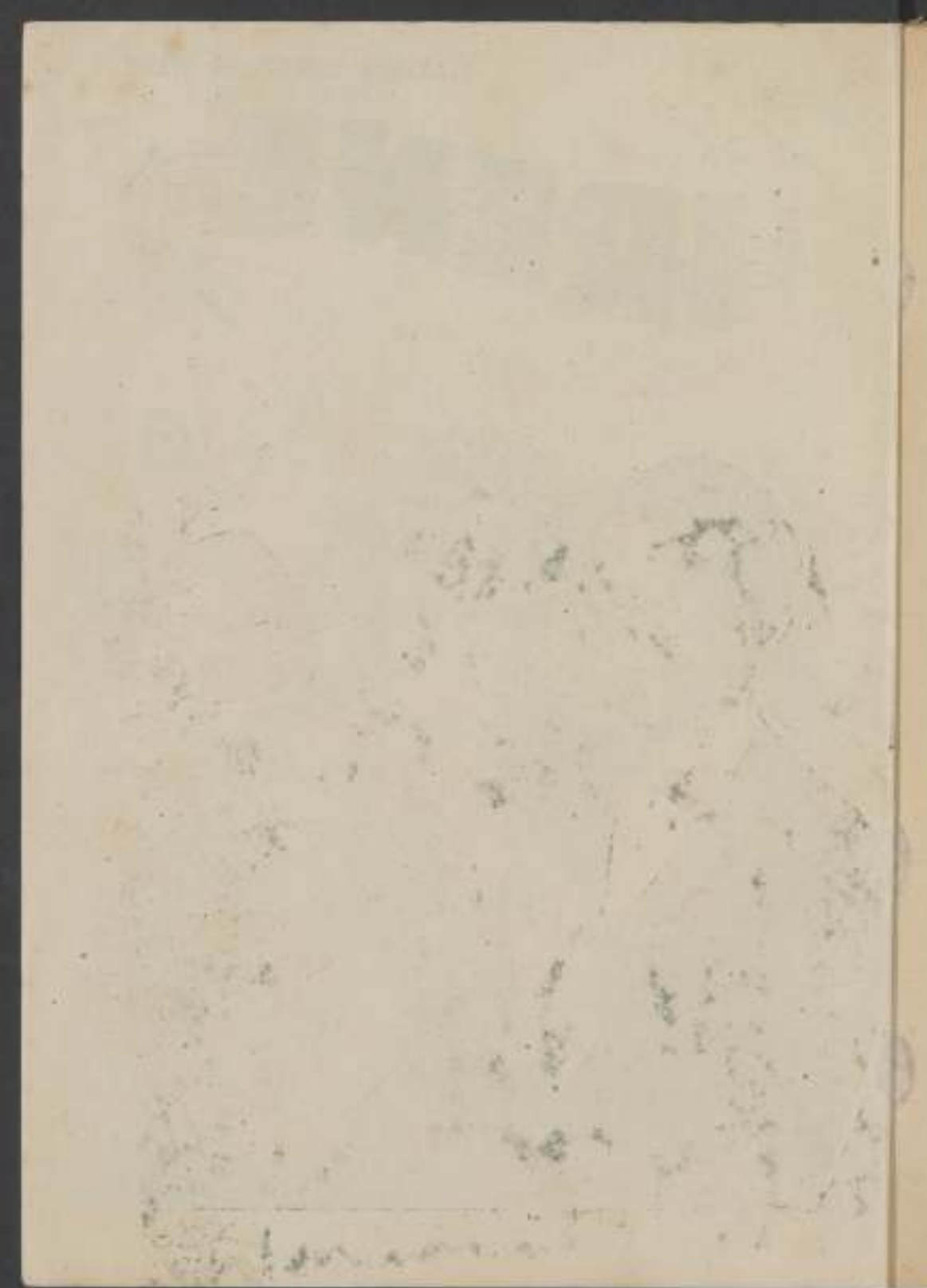
IRENE

Editorial **AFA**




— ANNA NEAGLE ♦ RAY MILLAND —

2'50
PTAS.





IRENE



IMPRESA COMERCIAL - MAS y SALA, S. L.
Valencia, 224 - Teléfono 76657
BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO: RAMÓN SALA VERDAGUER

ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES:

Valencia, 934 - Apartado Correos 707 - Telé. 70687 - Barcelona


AGENTE DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería

Berhard, 16, Barcelona - Varada, 17, Madrid

EDITORIAL



AÑO XVII

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS
SERIE  ALFA

NUM. 315

NUM. 56

IRENE

HISTORIA de una modelo de una casa de modas, que debido a un truco para la publicidad es presentada en un baile de alta sociedad como una gran dama irlandesa, ocasionando esto una serie de divertidos incidentes que forman la base de esta suntuosa comedia musical, interpretada por la exquisita ANNA NEAGLE y el varonil RAY MILLAND.

Argumento basado en la comedia musical IRENE, del libro de James H. Montgomery

Producción RADIO PICTURES (RKO)

Sucursales:

Madrid

Bilbao

Sevilla

Valencia

Los Palamos

Palma de Mallorca

Portugal



Distribuida en España por

RADIO FILMS

Paseo de Gracia, 76 - BARCELONA

PRINCIPALES INTERPRETES

<i>Irene O'Dare</i>	ANNA NEAGLE
<i>Don Marshall</i>	RAY HILGEND
<i>Master Smith</i>	Roland Young
<i>Bob Vincent</i>	Alan Marshall
<i>Granny O'Dare</i>	May Robson
<i>Sra. Vincent</i>	Billie Burke
<i>Betherthon</i>	Arthur Treacher
<i>Eleanor Worth</i>	Marsha Hunt

Director:

Herbert Wilcox

Letra y música de

Joseph MacCarthy
y Harry Tierney

Narración literaria de
AGUSTIN PIRACÉS

I R E N E

RESUMEN ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

UN ALMUERZO INESPERADO

EL coche detúvose ante una aristocrática mansión, sita en las afueras de la capital. Paró el chofer con gesto rápido, y, dirigiéndose a la única pasajera que llevaba, y que por razones de jerarquía ocupaba, no el confortable interior del vehículo, sino la banqueta contigua al lugar del conductor, preguntó:

—¿Es aquí, verdad?

—Sí—repuso ella con una sonrisa bulliciosa.

—Siempre riendo, Irene—exclamó el chofer— ¿Cómo se las arregla para ser tan feliz?

—No sé... Quizá ello se debe a mi temperamento irlandés...

Irlandesita era, en efecto, la linda pasajera que conducía Sam, el

chofer de la importante firma Dixon, de Nueva York, proveedora de tapicería de lo más destacado de la buena sociedad norteamericana y extranjera. Hacia pocos meses que trabajaba en la casa, y su lozana juventud, su hermosura y su irresistible simpatía le habían conquistado el afecto de todos cuantos la conocían.

La joven se apeó, recogiendo del interior del vehículo una gran caja y dijo a Sam:

—Hasta luego.

Y como Irene O'Dare —que tal era el apellido de la muchacha— se dispusiera a penetrar en el lujoso edificio por la puerta principal, Sam le hizo observar:

—Me parece que debiéramos llamar a la puerta de servicio, Irene.

—No me hagas reír— contestó ella—. ¿Crees acaso que la señora Vincent estará en la cocina? Ya sabes que tengo que entregarle esto—y designó la caja— en sus propias manos.

Y no dejó hablar más a Sam, sino que, decidida, subió la escalinata principal y llamó decididamente a la puerta.

Mientras salen a abrir, y espera frente ante la cancela, vamos a poner en antecedentes a nuestros lectores sobre las características de la familia que habitaba aquel espléndido palacio.

La señora Vincent, acaudalada dama de origen francés, residía hacía años en aquella finca, en compañía de su hijo Roberto, a quien todos, comenzando por ella misma, conocían con el nombre norteamericano de Bob. A pesar de no ser ya ningún chiquillo, Bob permanecía soltero, pues los deportes, el pocker y los clubs nocturnos no le dejaban tiempo para enamorarse en serio de una chica honesta y casarse como Dios manda.

En el palacio se daban grandes fiestas y con mucha frecuencia se alojaban invitados, que pasaban en él largas temporadas. Entre éstos figuraban, en lugar preeminente, Eleanor Worth, rica huérfana neoyorkina, y Donald Marshall, un in-

timo amigo de Bob Vincent, con quien había hecho algunos negocios.

En el momento en que comienza nuestro relato, la señora Vincent acababa de despertarse, si bien no había abandonado todavía el placido lecho sobre el cual descansaba. Eleanor se acababa de zambullir en la piscina para tomar su baño cotidiano, y Bob se hallaba en el jardín, fumando un cigarrillo con Marshall.

Los dos amigos hablaban de negocios.

—Te digo, Don—decía Bob, dirigiéndose a Donald Marshall—, que se trata de una fortuna, de una verdadera fortuna.

Don hizo una mueca de disgusto.

—No me hables de negocios, chico. Cada vez que me hablas de hacer una fortuna, no sé lo que me ocurre, pero todo el mundo huye de mí como un apestado.

—Pues yo te aseguro que las creaciones de Madame Lucy hacen furor en París.

—¿Yo creador de modas? ¿Sería el negocio más cómico en que me he visto metido!

—¿Es que no se trata de una vulgar modista, hombre! ¿Es una verdadera institución, creadora de la moda femenina!

Don no daba su brazo a torcer,

—Pero —exclamó— es que has olvidado la cantidad de negocios malos en que he puesto dinero por consejo tuyo?

—Yo no sabía que se iban a suprimir las carreras de galgos en aquel Estado...

—Si logré salvarme, fué corriendo más que el favorito. ¡Qué «cañas» hice! Si apuestan por mí, se pagan las quintelas de un modo fantástico.

Hizo una pausa.

—Y no hablemos —prosiguió— de lo del caviar. ¡Aquello sí que fué una ensalada rusa!

—Verás... es que aquel año, a las hembras les dió por no poner huevos.

—Sí, vamos, un capricho femenino. Por eso no quiero ningún negocio en que intervengas hembras, aunque sean de esturión.

—Escucha, Don... Yo conocí a Madame Lucy en París el verano último...

—Ah, pillín... ¿Y te lo callaste?

—No es por ahí, Don. No seas malicioso. Hablé con ella y me dijo que si abría una sucursal en Nueva York, no le sería difícil encontrar el capital necesario, y hasta se lo garantice yo...

—Muy bien dicho, chico, si es que contabas con mi dinero.

—Bueno. Ya hablaremos luego del asunto. Mientras tanto, y para distraernos, ¿vamos a jugar al ping-pong?

—Vamos.

Y así terminó aquel diálogo, en apariencia insubstancial, pero que debía tener derivaciones insospechadas y cambiar radicalmente el curso de la vida de nuestros protagonistas, como verá el paciente lector en el transcurso de los próximos capítulos.

Dejamos hace un rato a la pizpireta Irene O'Dare aguardando ante la puerta. No tardó en salir a abrirle una muchacha, que se eclipsó para dejar paso a un importante personaje del servicio de la casa: el mayordomo Betherton, hombre riguroso si los hay en todas las cuestiones de etiqueta y que dirigía todos los asuntos del servicio con un tino y una rectitud poco comunes.

—Buenos días —pronunció Irene.

—¿Que deseaba usted? —inquirió el mayordomo.

—Vengo de la tapicería Dixon, y traigo un encargo personal para la señora Vincent.

—En estos casos —repuso con tono casi ofendido Betherton— es costumbre utilizar la entrada reservada al servicio.

—Le suplico me perdone —insistió Irene—, pero ya he dicho que

tengo que entregar personalmente esta caja a la señora Vincent.

—La señora no tiene por costumbre recibir a los empleados en su gabinete.

—Sin embargo, yo he recibido órdenes...

—Está usted hablando con el representante autorizado de la señora Vincent.

—Es que a mí me han dicho que...

—¡Siéntese ahí! —exclamó Betherton con tono autoritario al tiempo que se apoderaba de la caja de que Irene era portadora y designando a ésta una banqueta.

La joven no tuvo otro remedio que obedecer.

Con el orgullo de quien se hubiese apoderado de un trofeo de guerra, el mayordomo llamó con los nudillos a la puerta del dormitorio de la señora Vincent.

—Adelante —dijo ésta, que ya se había incorporado y acababa de tomar su desayuno.

María, la doncella, penetró en el dormitorio con la caja que le había entregado Betherton.

—¡Ah, sí! —dijo la dama, deshaciendo el envoltorio—. Nuestro árbol genealógico. Cuélgalo en la sala de retratos, bien a la vista. Y dile a Betherton que haga mirar los almohadones que nos han entrega-

do últimamente que no son bastante anchos.

—Muy bien.

Momentos más tarde, el recado era transmitido a Irene, por mediación del mayordomo.

—Venga usted al salón.

Y adelantándose, Betherton se dirigió a Don y a Bob, a quien habían dejado jugando al ping-pong.

—Perdonen —dijo—. ¿Les molestaría que introdujera aquí a una persona que viene de parte del tapicero Dixon?

—No, no. En modo alguno...

Casi al mismo tiempo, dos mujeres hicieron irrupción en aquel lugar.

La primera era Irene, que empezó a examinar los almohadones visiblemente contrariada, porque, a su juicio, estaban bien hechos. La segunda era la linda Eleanor Worth, que acababa de salir del baño.

—¿Qué tal, guapa? —la preguntó Bob—. ¿Has nadado mucho?

—Sí, y tengo más hambre que un lobo.

—Eso se resuelve en seguida.

Mientras tanto, Irene examinaba con fastidio los almohadones.

—Perdone —exclamó con la mayor naturalidad, dirigiéndose a Don—. ¿Sería usted tan amable de sentarse en esa silla?

—Con mucho gusto.

—Muy bien... Ahora ¿tendrá la bondad de levantarse?

—Encantado de hacerlo, señorita; pero, a su vez, ¿sería usted tan bondadosa que me explicara qué significa todo esto?

—Sencillamente: me envían de la tienda para que examine la comodidad de los almohadones, y esto, una puede comprobarlo por sí misma...

—Comprendo, comprendo, señorita... ¿Quiere usted un cigarrillo?

—Gracias.

—¿Gracias, sí o gracias, no?

—Gracias, no. Temo que me marearía... Como no he desayunado todavía...

—¿Cómo? ¿No ha desayunado usted? ¡Haberlo dicho antes!

Don era hombre expeditivo. Viendo en aquel momento que Bob y Eleanor se habían alejado, poniéndose a bailar al son de una radiogramola, se apoderó del almuerzo que para la invitada de los Vin-

cent traía el fiel Betherton, y dijo a éste:

—Yo mismo serviré a la señorita Eleanor.

Apenas se hubo eclipsado el mayordomo, Don dijo a Irene:

—El almuerzo está servido... para usted.

—Pues es usted muy amable—repuso resueltamente la irlandesita—. Se lo acepto.

Y empezó a deglutir con fruición un excelente plato de nata.

—¿Y usted, no almuerza?

—Sí, tomaré un bocadillo.

Pero aquel almuerzo se subía a la cabeza de Don como si hubiera libado el más peligroso de los licores. Y cuando Irene hubo engullido el último bocado y se despidió de él, dándole las gracias, para no ser vista de Betherton, el joven, despidiéndose con un pretexto fútil de Eleanor y de Bob, saltó al pescante de su coche y se lanzó en persecución del auto en que la irlandesita regresaba a casa del tapicero Dixon.

EN EL UMBRAL DE LA GLORIA

CUANDO un hombre como Don se propone una cosa, y está dotado del dinamismo, la impetuosidad y el espíritu decidido que caracterizaban al joven Marshall, la consigue fácilmente. Aquella mañana Don consiguió nada menos que convencer a su amigo Bob para montar el negocio de Madame Lucy, tomar en traspaso una gran tienda de modas, cuya empresa había quebrado y donde se instalaría la nueva firma parisina... y averiguar dónde comía Irene, a su salida de casa del tapicero Dixon.

Claro que esto fué, para él, lo primordial, pero como la linda Irene y el negocio de modas tenían, según su plan, estrecha relación,

hubo de resolverlo todo en aquella misma mañana.

A mediodía, mientras la bella irlandesa ingería una modesta colación en compañía de sus amigas y vecinas Jane y Helm, no pudo menos que confesar a éstas:

—¡Ch! Esta mañana me ha ocurrido una cosa... Estaba tomando las medidas de unos almohadones, y al levantar los ojos, estaba delante de mí el más apuesto, el más simpático, el más agradable de los hombres...

Hablaba presuradamente, un poco confusa y tiñéndose sus aterciopeladas mejillas de un ligero rubor.

—¡Es más guapo...!—repitió—. ¡Pero... callad! No le miréis...

¡Está aquí! Es aquel que viene hacia nosotras...

Jane y Helén eran buenas chicas, y de una diplomacia tan sutil como para emplearlas en el Departamento de Estado. Las últimas palabras de Irene bastaron para que ambas se pusieran automáticamente en pie.

Don, pues, era él, en efecto, se acercaba a la mesa con aire resuelto.

—¡Ch! —exclamó hipócritamente—. ¡Qué feliz casualidad!

—¿Por qué no se sienta usted? —dijo, insinuante, Helén.

—¡Ch!, muchas gracias... Temo molestar...

—¿Molestia? Ninguna. Helen y yo hemos terminado —intervino Jane.

—Bien, adiós. Hasta la noche, Irene.

Los dos jóvenes se esfumaron como por encanto. Prudente, Don continuaba de pie.

—¿No quiere sentarse? —dijo la irlandesa.

—Sí, gracias.

Ahora, los dos jóvenes estaban frente a frente, y era indudable que entre ambos iba a entablarse una lucha, amorosa como todas las luchas, pero lucha al fin.

Ni el uno ni otro sabían cómo

comenzar el diálogo. Fué ella quien se decidió a iniciarlo.

—Mis amigas me estaban diciendo que este abril es el más caluroso desde hace treinta años.

—¿Eso decían?

—Sí... De eso hablábamos.

—Supongo—se decidió entonces a decir Don, como rompiendo el fuego—, que en Irlanda también llamarán a esto... a nuestro encuentro aquí... una feliz coincidencia.

—Sí... Así decimos.

—Pues, feliz sí que lo es, pero coincidencia, no.

—¡Ah! ¿No?

—No. Yo vine aquí expresamente para verla.

—¿Para verme?

—Sí, Irene. Dígame. ¿Ha oído usted hablar alguna vez de una modista de París, llamada Madame Lucy?

—¡Ya lo creo! ¡Como que, según dicen, viste a la mejor sociedad!

—Bien. ¿Le gustaría a usted una colocación de maniquí para lucir los modelos de Madame Lucy?

Irene no tomó en serio tan tentadora proposición.

—¿Y a usted no le gustaría—repuso con sorna—ir derramando el dinero por las calles?

—Oiga, señorita—dijo Don, con

absoluto acento de sinceridad—. Le estoy hablando absolutamente en serio.

—También yo —arguyó la irlandesa—. ¿Hacer de maniquí? No se suele obtener un empleo así, como alguien no la recomiende a una.

—Es que a mí me sobra influencia para conseguirlo.

—¿Con Madame Lucy?

—Sí, sí. Con Madame Lucy. No tiene más que presentarse con esta tarjeta, en la sucursal que acaba de instalar dicha señora en Nueva York, y creo poderle asegurar que conseguirá la plaza.

A Irene le pareció que Don era, no el apuesto galán que tanto la seducía, sino una hada buena que se había interpuesto providencialmente en el camino. Aun dudó, sin embargo, y dijo, con una sonrisa, medio de agradecimiento, medio de desconfianza:

—¿No se guasea usted?

—En absoluto.

—¡Ch! Es usted muy amable, señor...

—Don. Don Marshall, para servir a usted. Y ahora, aunque su compañía resulte para mí agradabilísima, permíteme que la deje. Tengo que entrevistarme dentro de pocos minutos con un amigo, para un negocio importante y...

—No se detenga, por favor. Y agradecidísima.

—De nada, Irene. Una criatura tan angelical como usted, se merece eso y mucho más. Además, que estoy seguro de que con mi recomendación, no sólo presto un servicio a usted, sino a la casa, pues no creo equivocarme al afirmar que usted será una modelo magnífica...

Y, saludándola muy cortesmente, Don salió del establecimiento, dejando a Irene confundida y alegre a la vez, sin poderse creer que fuera verdad aquella impensada suerte que le caía del cielo...

IRENE SE INDIGNA

AQUELLA noche, cuando Irene llegó a su casa, la dicha que rebosaba parecía dar alas a sus pies. Así que se abrió la puerta, se refugió en los brazos amorosos de su abuela, la señora Granny, y, hablando casi a gritos:

—¡Ch, abuelita, qué alegría! Si supieras de qué se trata... ¡Ch! Es una cosa maravillosa, increíble, fantástica... ¡Figúrate que voy a entrar como maniquí en la casa de modas más importante de Nueva York... Madame Lucy, sí, Madame Lucy, que ha venido expresamente a establecerse aquí, desde París de Francia...

La señora Granny frunció el ceño.

—Ese es un empleo del demonio. Tú no harás tal cosa.

—¿Cómo que no?

—¡No, no y no! De ninguna manera. Bueno fuera que tú te juntaras con esas descaradas de maniquís. Ya las he visto en el cine, ya...

—Pero, abuelita...

—He dicho que de ninguna manera. ¡Ea, basta ya!

Es natural que, a pesar de los cuerdos consejos de su abuela, Irene quiso probar fortuna y, al día siguiente, después de haber telefonado a casa de Dixon diciendo que aquella mañana no iría al trabajo por hallarse indispuesta, se presentó en el regio establecimiento de Madame Lucy, y entregó la

tarjeta de Marshall, que iba dirigida al director de la casa: señor Dumont.

Un empleado, muy cortés, la rogó que aguardase un momento. Con gran sorpresa suya, minutos después, Bob Vincent penetraba en la antesala donde aguardaba Irene.

El joven la reconoció en seguida.

—¡Caramba! —exclamó, yendo francamente hacia ella—. Me parece que nos conocemos. ¿No es usted la señorita que vino ayer a inspeccionar los almohadones del castillo Roslyn?

—Era yo, en efecto.

—¡Ah, sí! Ya la recuerdo...

Bob hizo una pausa.

—Dígame, señorita—dijo al cabo de un instante—. ¿Fue ayer que vió usted por primera vez a Don... quiero decir, al señor Marshall?

—Sí, en efecto. ¿Y... qué piensa usted de ello?

—Pues, sencillamente —exclamó Bob con una cartajada sonora—. Que es un chico que no pierde el tiempo.

—¿Qué quiere usted insinuar con eso?

—Que se ha dado mucha prisa en traerla a usted aquí.

—Mucha prisa, no—afirmó Irene con aplomo—. Estábamos ha-

blando y recayó la conversación sobre Madame Lucy, a quien dijo conocer mucho.

Bob frunció el ceño.

—¿Ah, sí? ¿Eso fué lo que le dijo?

—Sí. Eso.

Hubo un silencio que interrumpió la llegada de una empleada que, dirigiéndose muy cortésmente a la joven irlandesa, le dijo:

—El señor Dumont desea verla.

Irene se dirigió a Bob:

—Con su permiso...

—Usted lo tiene, señorita, y le deseo un gran éxito en su nueva profesión. A sus pies.

Momentos más tarde, Irene O'Dare franqueaba la puerta del despacho del director. Era éste un hombre adusto, con cara de pocos amigos. Se dirigió a la joven con un tono altanero, casi agrio:

—¿Usted es la recomendada del señor Don Marshall, verdad? ¿La señorita Irene O'Dare?

—Para servir a usted—repuso ella, inclinándose ligeramente.

—Bien. De modo que usted desea ser maniquí... Perfectamente. Y, desde luego, pondrá toda su buena voluntad y su inteligencia en su trabajo, ¿no es así?

—Desde luego, señor.

Dumont contemplaba a la muchacha con la severa actitud de un juez que tiene a un procesado ante su vista. La miró de pies a cabeza, y después la preguntó cuáles habían sido sus anteriores ocupaciones. Irene explicó que trabajaba en casa de Dixon y que antes había sido vendedora en una mercería.

—Bien—dijo al cabo de un rato el director, esbozando una imperceptible sonrisa—. ¿Quieres usted andar? Bien... Figura muy bonita... Tiene el talle muy esbelto, señorita.

—Muchas gracias, señor.

—Acérquese. Más cerca.

Ella obedeció, hasta llegar al borde de la mesa, frente al director, que seguía contemplándola con avidez.

—Más cerca, le he dicho—exclamó Dumont con aire perentorio.

—Me parece —dijo Irene con tono firme— que ya estoy bastante cerca.

Dumont se puso en pie y corrió hacia ella.

—Si está o no bastante cerca, es una cosa que sólo yo, que soy el que manda, quien debo decirlo. Mis empleadas deben ser muy obe-

dientes, si quieren hacer años en la casa, y usted es lo bastante inteligente para comprender que, además, debe ser muy complaciente...

Y alargó su brazo derecho hacia el talle de la joven. Pero Dumont conocía mal, seguramente, las reales virtudes de las hijas de la Verde Erin, porque Irene, arrebolada de indignación y de vergüenza, no dio tiempo a que el miserable le tocara un pelo de la ropa. De un violento empujón, Dumont fué a parar al suelo, mientras la joven, en el colmo de la indignación, salía violentamente del despacho dando un portazo y diciendo, a guisa de despedida:

—¡Váyase al cuerno!

* * *

Como por casualidad, porque Don Marshall se las componía de manera que, por lo menos, apareciera casual, ésta y su protegida coincidieron aquella misma tarde en el autobús.

—¡Qué alegría tengo en encontrarla!—exclamó hipócritamente el joven—. ¿Le dieron el empleo, verdad? ¿Supongo estará usted satisfecha?

Irene contempló casi con desprecio al hombre que tan simpático le había sido desde que le conoció y que tantas ilusiones había hecho nacer en su juvenil cabecita.

—No es la clase de empleo que a mí me conviene, señor Marshall. Gracias, de todos modos.

Aquel «Gracias» fué modulado con el mismo acento que antes le había dicho a Dumont: «¡Váyase al cuerno!».

Sinceramente sorprendido, Don no supo qué contestar. Vaciló un momento, y luego, con una timidez propia de un colegial, tal era su confusión:

—¿No era el empleo que usted deseaba?... No comprendo, la verdad, y le ruego se explique. Yo creí que era precisamente la ocupación que andaba usted buscando...

Ella levantó sus bellos ojos hacia Donald.

—¿Lo creía usted de verdad? Entonces, ¿por quién me ha tomado?

—Pero señorita, ¿me quiere hacer el favor de explicarme lo que le ha ocurrido?

Nuevamente el rubor subió a las mejillas de Irene, al evocar la desagradable escena que había tenido

con Dumont. Estuvo a punto de no contestar. Finalmente se decidió:

—Son cosas—dijo—que una joven honesta no debe ni puede referir.

—¡Pero, señorita!—imploró Don con acento de verdadera sinceridad—. Querría saber por qué está usted enfadada conmigo. Yo he querido hacerle un favor, y mi actitud hacia usted me parece que no ha podido ser más correcta. Si algo he hecho mal, sin que yo me diera cuenta, dígamelo, y estoy dispuesto a hacer todo cuanto sea necesario para enmendar el yerro.

—¿Que ha querido hacerme usted un favor? —dijo entonces Irene, sin poder contener su indignación—. ¿Llama usted hacer un favor a mandarme a que me examine un extranjero, que después de contemplarme con un descaro inaudito, no sabe más que decirme una cosa: «Sea usted complaciente»... Ya he comprendido cuáles eran sus intenciones. Eso es lo que tengo que agradecer a usted y a su influencia. Buenas tardes.

—Pero, hermosa irlandesita, no sea usted así. Piense que es la primera vez que me hablan en este tono...

—Porque no está usted acostumbrado. Si antes le hubiese ocurrido, no se atrevería a enviar jóvenes honestas a casa de Madame Lucy. Adiós.

Y la muchacha, saltando del autobús, sin que Don tuviera tiempo de ir en pos de ella, desapareció velozmente, dejando al joven con un palmo de narices.

DON NO PIERDE EL TIEMPO

A la mañana siguiente, Don Marshall llegó, muy temprano, al establecimiento de modas que llevaba por nombre Madame Lucy. Aunque sólo eran las nueve y media, se trabajaba febrilmente en todos los departamentos, y la jornada se presentaba movida, porque la noche anterior había habido una discusión muy violenta entre Dumont y el jefe de publicidad, Smith.

En el momento en que llegó Don, Dumont y Smith volvían a discutir. Dejándose llevar por su temperamento colérico y autoritario, el director dijo al jefe de publicidad:

—En el crudo lenguaje de esta

tierra, le diré a usted, Smith, que no me sirve para nada y que, por consiguiente, le echo lisa y llanamente la patada. Hemos terminado.

En aquel instante abrióse la puerta, y Don, que había oído la conversación, dijo con la mayor naturalidad:

—No. Todavía no han terminado ustedes. ¿Quiere esperarse un momento, señor Smith?

—¿Cómo se atreve usted a penetrar en mi despacho sin mi permiso?—gritó Dumont, iracundo.

—¿En su despacho? Se equivoca usted, señor mío. En mi despacho, puesto que he adquirido la mayoría de las acciones de este negocio. Y ¿sabe usted lo que significa eso?

Dumont palideció.

—No, señor.

—Pues significa, sencillamente, en el crudo lenguaje de esta tierra: que le doy lisa y llanamente la patada.

—Yo sólo recibo órdenes de Madame Lucy.

Donald se echó a reír.

—¡Pero, no sabe usted, alma de cántaro, que Madame Lucy... soy yo! Por consiguiente, puedo despedirle y lo hago. Ea, que está usted aquí de más.

—¡Qué infame traición! ¡Qué canalla! —gritó Dumont—. ¡Ah!, pero tendrá usted que entenderse con mi abogado. ¡Vaya que sí!

Y salió del despacho dando un portazo casi tan violento como el que veinticuatro horas antes había dado Irene, después de hacerle rodar al suelo de un empujón.

—Bueno, ya nos hemos sacado de encima a esa calamidad —dijo Don una vez Dumont estuvo fuera— Ahora, señor Smith, hablaremos usted y yo. Le confío la dirección de la casa, encomendándole ante todo, el mayor tacto y discreción. Ante todo, nadie debe saber que Madame Lucy soy yo, ¿entendidos? Y, esta misma tarde, le confiaré una gestión muy delicada, de la que espero salga airoso...

Hablaron durante un cuarto de hora. La gestión, como ya han adivinado nuestros lectores, consistió únicamente en una cosa: ir en busca de Irene O'Dare, darle todas las satisfacciones necesarias y conseguir que volviera a la casa Lucy, ocupando el puesto de maniquí.

Pero el hombre propone; y las malas interpretaciones disponen.

Cuando la señora Granny salió a abrir, y Smith manifestó su deseo de entrevistarse con Irene, anunciándose como director de la casa Lucy, la abuela de nuestra protagonista, tomándola por Dumont, le increpó en la forma desatadora que puede imaginarse.

—¡Canalla! ¡Sinvergüenza! ¡Después de la forma inmunda con que se comportó con mi pobrecita nieta, osar presentarse en esta casa! ¡Qué se ha creído usted! ¡Largo de aquí, bandido, mal educado, grosero!

Suerte que en aquel momento Irene, que había estado escuchando a la abuela desde una habitación contigua, salió y dijo:

—¡No, no, por Dios! ¡Que te

equivocas! ¡Que este señor no es el que tú te piensas!

—Entonces —rugió la señora Granny—, ¿por qué se ha presentado usted como director de casa de Madame Lucy?

—Lo soy, en efecto, pero desde hace horas. Yo he substituído a Dumont, que ha sido expulsado de la casa, por la forma intolerable con que se comportó ante la señorita Irene... Precisamente, Madame Lucy me ha encargado de un modo especial que viniera aquí a presentarle sus excusas y a rogarle nuevamente que entrase a formar parte de nuestro personal...

—¡Ah!—contestaron a coro Irene y Granny—. Siendo así, ya es distinto... En este caso...

Todo quedó arreglado, tras una breve conversación. Al día siguiente, Irene se despedía de casa del tapicero Dixon y entraba a formar parte de la alegre pandilla de las maniquis de casa de Madame Lucy.

* * *

Pero días después tenía lugar la inauguración oficial de la temporada en los elegantes salones de la ya célebre modista de Nueva York,

entorno de la cual, Smith había sabido tejer una hábil propaganda.

Se habían cursado invitaciones a las familias más distinguidas de la ciudad, y se abrigaba la convicción de que la concurrencia sería tan numerosa como selecta.

Todo andaba a maravilla, excepción hecha de lo principal: las maniquis, que eran la desesperación del nuevo director.

Durante los ensayos, Smith no hacía más que reconvenir las a todas.

—No, señorita, no... No es así... Parece que tenga usted plomo en los pies. Hay que andar con dignidad, con gracia, sin que suenen los talones. No es así, no, como hay que acariciar con los pies las alfombras de los grandes salones...

Menos mal que, para dicha de Smith, Irene, al revés de las otras, se mostró desde los primeros ensayos como una muchacha con grandes disposiciones para su difícil arte.

En ella confiaba el nuevo director para dar, como vulgarmente se dice, el golpe.

Llegó la tarde de la inauguración. Smith no se había equivocado. Una concurrencia femenina selectísima acudió a la invitación. Entre las más distinguidas damas veíase a la se-

Rosa Vincent, acompañada de la bella Eleanor Worth.

Georgette, una de las empleadas, al reconocerlas, se apresuró a avisar a Smith, quien corrió inmediatamente a saludar a la señora Vincent.

Con la más reverenciosa de las inclinaciones y la más suave de sus sonrisas, el señor Smith salió a recibir a la madre de Bob.

—¡Cuánto honor, señora! —dijo—. No en vano tiene usted la fama de ser la mujer más elegante de Nueva York.

—Mi hijo Robert me ha recomendado acudiera a la invitación —dijo la señora Vincent. Y a continuación—: ¿Tienen ustedes alguna creación extraordinaria?

—¡Algo digno de usted! —exclamó Smith—. ¿Trajes de noche?

—Exactamente, trajes de noche.

Georgette intervino:

—«Claro de Lunas», «Betty», «Sol de Auroras», «Nieve Encantada»... Un momento.

Y corrió hacia el tocador.

—Para usted, Lilian —dijo, señalando el vestido bautizado por las hadas de la moda con el nombre de «Nieve Encantada», que en aquel momento se estaba probando, precisamente, Irene.

—Quítate ese vestido, chica —dijo Lilian.

Pero la joven irlandesa le replicó con aspereza:

—Pídemelo por favor, si no te es molestia.

—¡Quítate ese vestido en el acto! ¿Me oyes? —clamó, iracunda, Lilian, pretendiendo abalanzarse sobre Irene.

Mas ésta la contuvo de un gesto.

—He dicho que no y las manos quietas, ¿oyes?

—Supongo —dijo entonces Lilian con sorna— que no pretendrás exhibirlo delante de la señora Vincent.

—Me has adivinado la idea —repuso Irene O'Dare, decidida—. Eso es lo que quiero y voy a darte una sorpresa a todas vosótras...

—Tal vez la sorpresa te la llevarás tú —dijo, irritadísima y celosa la desechada Lilian.

Pero Irene, con paso tranquilo y majestuoso, salió ya al salón ataviada con el riquísimo vestido, y evolucionaba con un aire a la vez sencillo y majestuoso, que cautivó desde el primer momento a la concurrencia.

Realmente, la natural elegancia de la joven era algo que sobrepasaba lo ordinario. Todas las miradas estaban suspensas de ella, y más aun que el traje, a la verdad rico y elegante si los hay, lo que más castraba a la concurrencia era la

gracia etérea que desprendía aquella muchachita extraordinaria...

—Es magnífico, delicioso...— murmuraba la señora Vincent—, pero demasiado llamativo para llevarlo yo, pobrecita de mí...

Irene, al quite, intervino al punto.

—¡Oh, no, señora! ¿Acaso no clementó Madame Dubarry su fama con la exhibición de sus geniales vestidos?

—¡Oh! Muy amable... ¿Qué le parece a usted, señor Smith, lo que dice esta señorita? ¡Que yo me parezco a Madame Dubarry! ¿Exagera un poco, verdad? pero, de todos modos, me quedo con el vestido. Es muy adecuado a mi tipo...

Smith no acertaba a comprender lo ocurrido. ¿Cómo había salido Irene con uno de los mejores modelos de la casa, cuando era Lilian quien debía lucirlo? Pero no pudo detenerse a averiguarlo, y, satisfecho por ver realizada la primera venta, anotó la dirección en su cuaderno, mientras, con volubilidad, la señora Vincent explicaba:

—El mes próximo doy una fiesta en casa... Una gran fiesta de caridad. La princesa Ninette es la presidenta, y la señora Nowland forma parte de la junta... y es muy halagador para mí que hayan elegido mi pobrecita casa...

—No sea usted modesta, que todos sabemos que su palacio es uno de los mejores de América... Con su permiso, señora Vincent—siguió diciendo Smith, dirigiéndose a las maniqués—, Pueden ustedes retirarse, señoritas...

Con la rabia en los labios y los celos en el corazón, las maniqués, furiosas por el triunfo de la «la nueva», salieron del salón de exhibiciones.

A la salida, como ya era de presumir, Irene se encontró, siempre casualmente, con Don Marshall.

—¿Qué?—preguntó éste con aire campechano—. ¿Le dieron el empleo, al fin?

—Sí—contestó Irene, palmeando de alegría—. Y ya he vendido el primer modelo. Tiene, por cierto, un nombre muy bonito... Se llama «Nieve Encantada». Mis compañeras decían que no sabría lucirlo... ¡y les he dado un baño!

—Así, ¿está usted contenta?

—Mucho... Sobre todo, por el proceder excepcional de Madame Lucy.

—¿Por qué?

—¿No sabe usted lo que hizo?

—No, por cierto.

—Pues no solamente despidió a Dumont, sino que mandó al nuevo director, el señor Smith, a presen-

tarme sus excusas... ¡Esa Madame Lucy debe ser una mujer extraordinaria!

—Psch... —contestó Don, sonriendo—. No diría yo tanto...

Irene no acertó a descubrir, en los labios de su protector, el tono leve de ironía con que se movieron

al pronunciar sus últimas palabras. Un poco desconcertada por la emoción de su rápido triunfo, dió la mano a Don y se despidió de él, reiterándole las gracias por la protección que esta vez, era claro, le había querido dispensar desde el primer momento.

UN PLAN MAQUIAVELICO

EN el despacho de Smith, éste y Don charlaban animadamente.

El negocio había comenzado bajo los mejores auspicios. Se habían realizado muchas ventas, se recibían encargos y se solicitaban por teléfono invitaciones para la próxima exhibición.

—Hemos empezado bien — dijo Smith —, pero este negocio necesita publicidad, y desearía que hablásemos largamente sobre este asunto.

—Sí, claro, publicidad — dijo Don —. Eso es. Y ahora, dígame usted, señor Smith, ¿qué tal se desenvuelve esa señorita O'Dare?

—Tiene mucho temperamento... Es audaz... Pero tiene un carácter muy arisco. Ha obtenido un éxito

rotundo, pero ya se ha malquistado con las demás maniqués. Pero volvamos a nuestro asunto de publicidad. ¿Qué le parece a usted, señor Marshall, si alquiláramos uno de los mejores hoteles para hacer un desfile, mejor que no aquí, donde hay poco espacio? Ya me imagino el salón y la escalera de honor deslumbrantes de focos y la fila interminable de nuestras empleadas luciendo las más fantásticas creaciones de la casa...

—Con toda franqueza, Smith, le diré que no me gusta nada que se asemeje a una parodia de revista frívola.

En aquel momento anunciaron a Bob Vincent.

—¡Que pase! — dijo Don.

Roberto penetró al instante en el despacho.

—¿Está visible Madame Lucy?— preguntó con ironía.

—¡Claro que sí!— contestaron a la vez Don y Smith.

—Ha venido con mi madre...

—comenzó a explicar—. Por cierto que Irene ha tenido una suerte loca. Le ha vendido un vestido a los pocos minutos de nuestra llegada.

—Ya le vendió uno el primer día —dijo Smith—. Realmente, esa chica tiene temperamento de vendedora tanto como gracia para hacer de maniquí.

Y viendo que Bob estaba de buen humor, aprovechó la oportunidad para volver a la carga.

—Estábamos diciendo que el baile de caridad que da la señora Vincent sería una ocasión ideal para «lanzar» definitivamente nuestro negocio.

—¡Ha tenido usted una gran idea!—asintió Bob.

—Podremos comprar invitaciones para nuestras modelos. Yo les daré instrucciones severas para que se comporten como los demás invitados...

—¡Oh!—protestó Bob.

—...y tal vez lo hagan mejor que alguno de ellos —prosiguió Smith, sin dar su brazo a torcer. El detalle de que se presenten tan

exquisitamente vestidas, hará que todo el mundo les pregunte quién es su modista, y todas contestarán: «Madame Lucy».

Aquí Bob se alarmó un poco.

—¿Pero ustedes creen que mi madre se prestará a semejante truco publicitario?

—Es que ni siquiera llegará a enterarse de nada...

—Vamos, que no me gusta—dijo repentinamente Bob—. Además, no creo que mi madre sea tan condescendiente. Nunca lo ha sido.

Don se creyó en el caso de intervenir.

—Pero, veámos, chico... Eso dará realce al baile. Chicas encantadoras con vestidos primorosos... Será algo divino, espectacular...

Bob tuvo un momento de vacilación.

—Espera —dijo—. ¿Irán todas las chicas de Madame Lucy?

—Claro que sí —contestaron al unísono Don y Smith.

—¿Todas ellas?—insistió Bob.

—Todas, sin faltar una.

—Pues, bien estudiado —dijo Bob por fin, tras una leve reflexión—, es una gran idea. El baile será un acontecimiento, algo que se saldrá de lo vulgar...

Smith, viendo la partida ganada, suspiró y aprovechó la oportunidad

para salir y dar unas órdenes. Cuando Don y Bob quedaron solos:

—Te he oído decir—dijo este último, dirigiéndose a Marshall—que es muy cómico que un hombre se meta en negocios de modas femeninas.

—Sí—repuso Don—. Pero supongo que un hombre puede cambiar de opinión.

—O tal vez una joven pueda hacerle variar.

Don acusó el golpe.

—¿Y si así fuera, habría algo criticable?

—No sé—contestó Bob—, pero me apostaría cualquier cosa a que la señorita Irene tiene algo que ver en todo esto.

—Te aseguro que no.

—Pues yo lo he oído decir.

—¿Lo has oído decir...? ¿A quién?

—No me tires de la lengua, Don. Además, tengo que irme... Adiós. «Madame Lucy»...

Y salió del despacho, con la íntima convicción de que había dado en el clavo.

Antes de irse a reunir con su madre, Bob Vincent aprovechó la oportunidad para entrevistarse con

Irene, a quien felicitó de todo corazón por la serie de éxitos que iba obteniendo en su rápida carrera de modelo-vendedora.

—¡Irene!—la dijo—. Ha estado admirable con mamá.

—Ya le había vendido antes otro vestido.

—Lo sabía: ¡Es un éxito, y creo que debíamos celebrarlo cenando juntos!

Aquella proposición, así a bocajarro, sorprendió a la joven.

—No sé si debo aceptar...

—Yo, sí. ¿Es que usted me cree capaz de hacerme acreedor al trato que dió usted a Dumont?

Ella sonrió.

—¡Oh! No, por cierto...

—Pues entonces, ¿esta misma noche?

—Va usted muy aprisa, joven.

—Es mi temperamento. La vida es corta y hay que saberla aprovechar...

—Pues bien: para que vea que tengo confianza en usted, acepto.

—No sabe usted lo feliz que me hace con esa aceptación, Irene.

Bob besó respetuosamente la punta de los dedos menudos de la joven. Y luego, corriendo como un loco, se fué en busca de su madre.

Aquella noche, Robert Vincent supo comportarse como un perfecto caballero. Encargó un menú exquisito en uno de los mejores hoteles de Nueva York, cuidó parsimoniosamente todos los detalles, no olvidando las flores que languidecían en búcaros de cristal tallado. Seleccionó los vinos, el champán, los licores con gusto delicado, y trató con tal deferencia, respeto y atención a la joven, que ésta no pudo menos que sentirse profundamente emocionada y agradecida.

Un célebre escritor ha dicho que cuando una mujer está agradecida, no está muy lejos de amar.

¿Amaba ella a Robert Vincent? No lo sabía. ¿Había olvidado a Don Marshall? Tampoco. Pero Bob tenía las maneras menos bruscas, era menos despreocupado, tenía más tacto... Y, sin embargo, ¿podía ella olvidar que si aquella noche por

primera vez en su vida, había sido invitada a una espléndida cena y, después de los postres, bailaba con su elegante anfitrión, era, precisamente, gracias al otro, a Bob, aunque éste no lo sospechara en lo más mínimo?...

Cuando hubieron terminado de bailar, Bob la llevó en su auto a casa. Durante el viaje no hizo una insinuación, ni un gesto que pudieran dejar en entredicho la fama del más perfecto caballero. Y cuando Irene se acostó en su humilde cama, pensando en las ricas vestiduras que cubrirían su gracioso cuerpecito en la fiesta de caridad de la señora Vincent, un suspiro se escapó involuntariamente de sus labios.

—Si pudiera ser... —pensó—. Pero, no. Es demasiado rico... Y demasiado amigo de Donald Marshall...

EL CAPULLO DE ROSAS DE FUEGO

POCOS días después, cuando Irene llegó a su casa, su abuela le mostró una enorme caja que habían traído de casa de Madame Lucy.

—¡Ah, sí!—dijo la joven—. Es el vestido que debo lucir en la fiesta del castillo de la señora Vincent... El señor Smith ha sido tan amable que ha querido mandármelo a casa en lugar de llevármelo yo misma... Bien es verdad que vale la pena de que por el camino no se arruga ni sufra el más pequeño deterioro. ¿Sabes cómo se llama?

—¿Quién?—preguntó la señora Granny.

—¿Quién? ¡Pues, quién tiene que ser! ¡El vestido!

—¿Cómo? ¿Pero les ponen nombre a los vestidos?

—¡Claro! De ese modo se conocen los modelos exclusivos... Los corrientes llevan nada más un número de orden, como si dijéramos, de producción en serie... Este se llama «Capullo de rosas de fuego».

—Bonito nombre.

—Y bonito vestido. Es una verdadera preciosidad. Por cierto que esa Lilian de mal agüero, que no puede verme ni en pintura, ha tenido una rabieta a propósito de él. ¿Sabes qué le ha dicho al señor Smith? «¡Yo siempre he lucido los vestidos mejores!». Y casi lloriqueaba y patalcaba como un chiquillo que ha cogido una perra... Pero el señor Smith, que la escuchaba, no

se anduvo con contemplaciones y contestó seca y autoritariamente: «No, el vestido lucirá mejor llevándolo Irene...».

—¡Anda, chúpate ésa! —exclamó la señora Granny, orgullosa de que su nieta fuese objeto de tantas atenciones por parte del señor Smith.

—¿Y sabes qué me dijo después el director? Pues ni más ni menos que esto: «Con este vestido tan elegante y refinado, parecerá usted una millonaria...». Te advierto, abuelita, que éste es el vestido más caro que hay en la tienda. ¿Cuánto dirás que cuesta?

—No sé, hija... ¿Cien dólares?

—¿Cien dólares? Por esa suma ridícula, en casa de Madame Lucy no se puede adquirir ningún modelo exclusivo. Este vestido vale cuatrocientos cincuenta dólares.

—¡Qué me dices! —exclamó, entre admirada e indignada, la señora Granny—. ¡Cuatrocientos cincuenta dólares, un vestido de una tela tan frágil, que durará dos o tres meses! Cuando yo pienso en los trajes que lucía tu querida madre en escena... ¡Aquello sí que eran vestidos! Todos de satén y brocado... ¡Qué adornos! ¡qué aplicaciones! ¡Era como para durar toda una vida!

—Pero, abuelita, ¿a quien le in-

teresa hoy día un vestido que dure tanto? Cada temporada cambia la moda...

—Por eso—pronunció entonces la señora Granny con tono juicioso—, por eso no me gusta este trabajo para ti. Porque, con tu imaginación, te figurarás que tienes un guardarropa provisto de las grandes creaciones... de costosos armiños... Y si te acostumbras a ese lujo, después ¿qué será de ti?

—¿De mí? Lo mismo que soy ahora. Viviré aquí contigo, mi querida abuela, aunque de la nave de mis sueños tú me quites todo el viento de la ilusión y yo arrie las velas!

—Déjate de ilusiones... déjate de ilusiones—dijo la señora Granny—, y vamos a comer el estofado... Llama a las chicas...

Las chicas eran Helen y Jane. Cuando las dos amigas y compañeras de Irene pudieron contemplar aquella maravilla de la moda que se llamaba «Capullo de rosas de fuego», quedaron extasiadas, especialmente Jane, que no pudo contenerse y dijo a Irene con aire de intensa súplica:

—Irene... ¿Me lo dejarás poner antes de marcharte, aunque sea sólo un minuto?

—Claro que sí.

La señora Granny, que estaba

revolviendo una enorme cazuela de estofado, dijo desde la cocina:

—No hagas tal cosa, Irene... Recuerda... recuerda que cuesta cuatrocientos cincuenta dólares...

Pero nadie le hizo caso. Jane se puso el vestido en un instante, y tal ilusión le produjo que empezó a dar saltos por la habitación. Y aquí sobrevino la catástrofe. Entraba en aquel instante la señora Granny con la cazuela del estofado, y Jane, que en su juvenil alocamiento no se daba cuenta de nada al verse encima aquel vestido tan bonito, tropezó con la abuela de Irene con tan mala fortuna, que la pobre señora no pudo evitar el encontronazo, ni tampoco que le resbelara la cazuela de las manos y la mayoría de su contenido se derramase por encima del «Capullo de rosas de fuego», que, de aquella hecha, quedó convertido en una masa informe, empapada de salsa, bueno, nada más para servir de estropajo para lavar los platos, y aun después de haberlo tenido dos días en jabón para quitarle la grasa...

Aterrada, Jane contemplaba su funesta, aunque involuntaria obra. Dándose cuenta de la magnitud de la catástrofe, prorumpió en amargo llanto.

—¿Te has quemado?—le preguntó, sin rencor, Irene.

Jane no dejaba de llorar.

—Yo, no... Pero, el vestido... ¡el vestido!

Granny intervino:

—Ya os dije —exclamó— que no lo hicierais... ¡Ya veis lo que ha ocurrido! Y ahora, a llorar, como si con lágrimas se arreglara todo.

—La culpa, abuelita, no ha sido de Jane —intervino Irene, siempre defendiendo a su amiga.

—No —repuso la abuela—. La culpa ha sido de su vanidad y de tu inconsciencia. Ya puedes despedirte del baile de esta noche... ¡Y yo de la cena!

El «Capullo de rosas de fuego», mientras tanto, yacía chorreando salsa.

—¿Y qué haremos con él?—preguntó Jane, secándose las lágrimas.

—Supongo que nada —contestó Irene, que no sabía cómo salir del atolladero.

—¿No crees que lavándolo...?

—No hay tiempo, ni admite el lavado esta ropa tan delicada. Hay que inventar otra cosa. ¡Ah!

Irene acababa de recordar que en un rincón del desván donde habitaban había un vestido de teatro de su difunta madre. Corrió a buscarlo, lo miró, lo remiró, lo ensayó ante el espejo... ¡Oh, alegría! Si, el vestido estaba en buen estado de

conservación. Y, además, en una caja halló un abanico de plumas, bastante bien conservado. Con ambas cosas y un poco de inventiva, no costaba mucho improvisar un traje de noche. Irene, resuelta, no

vaciló. Se vistió en un periquete y corrió al castillo, donde se celebraba la famosa fiesta de caridad que había de culminar en la consagración definitiva de Madame Lucy, y, por ende, de su principal maniquí.

LA EVOCACION DEL PASADO

MAGNIFICA era, en verdad, la fiesta que se celebraba en casa de la señora Vincent. Los invitados iban afluyendo, deslumbrados ante el derroche de luz y de belleza que se prodigaba en los salones. Betherton, el fiel Betherton, ejercía las honorables funciones de maestro de ceremonias, e iba anunciando a los recién llegados:

—Coronel Ponsoby y señora...

—Capitán Mayne Beaver y señora...

—El honorable Tillinghurst y señora...

—Lord Cowfeld de Dischling...

—Mister Smith...

El flamante director de casa Madame Lucy llegaba, en efecto, hecho un brazo de mar. Consciente

de sus deberes mundanos, acudió en primer término a presentar sus respetos a la princesa Minette.

—Alteza...

—Señor...

—Permitame, Alteza, que la felicite, así como a la señora Vincent, por el éxito que están ustedes alcanzando esta noche. No es aventurado decir que la fiesta sobrepasa toda esperanza, todo elogio... En una palabra: es digna de ustedes.

—Muchas gracias.

—La belleza de tan encantadoras damas—siguió diciendo el señor Smith—ennoblece todo cuanto les rodea.

—¡Oh, qué poético! —no pudo menos que exclamar la señora Vincent.



—¿No ha desayunado todavía? ¡Haberlo dicho antes!

Irene se mostró desde los primeros ensayos como una muchacha de grandes disposiciones para su difícil arte.



—¿Es usted por casuali-
dad pariente de mi antiguo
amigo lady O'Hare?



—Supongo que no pre-
tenderás exhibir este traje
delante de la señora Vin-
cent.



—Si ha venido usted sola
la podía venir a pasar unos
días con nosotras...

—Siendo así, señor
Smith, yz es diuturno...



—Es que este vestido no
es el de madame Lucy.



La aparición de Irene
causó una sensación extra-
ordinaria.



Aquella noche Irene no
cesó de verse agasajada.



—Le felicito por el éxito,
señor Smith.



—Éste es un momento de la
noche la más feliz de las
mujeres.



—Es raro que nunca veas
a mi hermana Lucy en la tienda.



— ¡Dímelo, Irene! ¡Repite
que me amas!

Irene bailaba maravillo-
samente.



—Menos mal que esta
comedia va a terminar en
doble boda...



—¿Son agradables esos
pensamientos?

Mientras proseguía esta conversación, en un rincón del salón principal dialogaban Don y Bob.

—¿Qué te parece?—decía el primero—. Nuestras chicas están deslumbradoras, ¿no es verdad?

—Sí, sí...

—¿No has visto todavía a la señorita O'Dare?

Bob miró cara a cara a su amigo, con aire circunspecto.

—Yo creía —dijo al cabo de un momento— que ya no te interesaba esa señorita.

—Al contrario —se apresuró a contestar Don—. Siento por ella especial interés. El hecho de que ella luzca uno de nuestros trajes modelos, «Capullo de rosas de fuego» me ha convencido de que, en efecto, es la única que puede lucir nuestras mejores creaciones con elegancia y dignidad.

Smith se aproximaba en aquel momento.

—¿No ha visto usted por aquí a la señorita Irene O'Dare?—le preguntaron a coro Don y Bob.

—No, señores... Voy a ver si las chicas la han descubierto por algún sitio...

El director de Madame Lucy se acercó a Lilian, la maniquí desbandada por Irene.

—¿Sabe usted si ha venido la señorita O'Dare?

—¿Acaso ha creído usted que nosotras somos sus niñas? —repuso con desabrimiento la interpelada—. Hemos hecho esperar el auto veinte minutos y no ha asomado siquiera.

—¿Qué le debe haber ocurrido?

—No sé—exclamó con punzante ironía Lilian—. Acaso se haya ido a lucir el «Capullo de rosas de fuego» a otra parte...

Bob, Don y Smith se contemplaban unos a otros, previendo una catástrofe.

—¿No vendrá, entonces? —dijo con ansiedad Don.

—No lo sé, señor Marshall—contestó Smith—. Ha de saber usted que los irlandeses son gente muy especial. Todo estaba dispuesto para que la señorita O'Dare saliera con las otras chicas, y no ha sido así... Las otras han llegado y ella no.

—¿Y si hubiera sufrido un accidente?

—No sé. Voy a telefonearla...

Como si aquellas palabras hubiesen sido la señal para la triunfal entrada en escena de nuestra protagonista, en aquel mismo instante se oyó la voz de Botherton anunciando:

—¡La señorita Irene O'Dare!

Y transfigurada por la emoción y la angustia, bellísima, radiante con su vestido de fines del siglo XIX, como evocando todo un pasado lleno de poesía y de emocionantes recuerdos, la irlandesita hizo su aparición en el salón principal del castillo.

La señora Vincent en persona acudió a recibirla.

—Ha llegado usted un poco tarde, pero ya sabemos que lo bueno siempre se hace esperar...—Y presentándola a Su Alteza y a su amiga, hizo la presentación:—La señorita Irene O'Dare... la princesa Minette... la señora Newlands Grey...

La aparición de Irene había causado una sensación extraordinaria. Eleanor Worth, Bob, Don, Smith, todos admiraban la «toilette» que lucía Irene, si bien mister Smith no sabía de su asombro al ver que el «Capullo de rosas de fuego» se había volatilizado, convirtiéndose en un vestido de época, en realidad admirable.

La princesa Minette contemplaba con visible curiosidad y simpatía a la irlandesita.

—¿Es usted, por casualidad, pariente de mi antigua amiga lady

O'Dare, del castillo del mismo nombre?

—Sí, señora—contestó Irene con el mayor aplomo— Somos de la misma familia.

—¡Es verdad!—exclamó la señora Vincent—. Allí nos conocimos. En la Exposición de caballos de raza... en Dublín.

Eleanor, que se hallaba con Bob cerca del grupo formado por la princesa, las señoras Grey y Vincent y nuestra bella protagonista, no dejaba de la vista a esta última.

Hora es ya de que digamos que, aunque no lo hubiese dejado nunca traslucir, Eleanor no veía a Bob con malos ojos, y cuando le veía interesarse por otra chica, experimentaba unos celos terribles.

Viendo la atención con que Bob seguía la conversación entre las cuatro mujeres, no pudo menos que decirle:

—Oye, Bob, ¿te interesa mucho esa joven? ¿La conoces, acaso?

—No. Es una amiga de Don.

—Pues si no te interesa, sé amable y tráeme un cóctel.

—¿Y por qué no vamos a tomarlo los dos?

—Vamos.

Cuando Don vio que Eleanor y Bob se alejaban del grupo, acercó-

se ceremoniosamente a saludar a Irene.

—¡Usted aquí, miss O'Dare! ¡Qué sorpresa más agradable! Ya el duque y la duquesa me dijeron que usted vendría a Nueva York, pero no esperaba encontrarla aquí!

—¿Por qué?—preguntó la señora Vincent.

—Es que... ¿sabe usted? la señorita Irene no es pródiga... frecuente poco... Su presencia aquí es una verdadera excepción en honor de ustedes.

La princesa se sentía cada vez más atraída por la natural simpatía que irradiaba de los bellos rasgos de Irene. Por ello, al cabo de un rato, no pudo menos que decirle:

—Si ha venido usted sola, podría pasar con nosotros unos cuantos días...

—Muchas gracias, princesa—repuso Irene—. Agradezco infinitamente su amable ofrecimiento, que para mí significaría un honor extraordinario, pero he de vivir con mi abuela...

—¿Abuela?—dijo en voz baja, con extrañeza, la princesa, dirigiéndose a la señora Grey—. Ha dicho abuela... No creo recordar...

Menos mal que Don escuchaba la conversación, y viendo que el

asunto se complicaba, aprovechó la oportunidad de que la orquesta empezaba a tocar un vals para pedirselo a Irene, quien concedió la merced, sonriente.

—Suerte que ha llegado usted a tiempo para sacarme de apuros—confesó la joven a Marshall—. Antes de saber yo misma quién era, resulta que esa princesa ya me ha encontrado una familia de su creación. Me parece que me he metido en un berenjenal. Quizá hubiese sido mejor que no viniera yo a esta fiesta.

—No tenga usted miedo, que de todo saldremos.

—Quien tengo que salir, soy yo. Como no tenga usted verdadera influencia cerca de Madame Lucy, estoy perdida.

—¿Por qué? ¿Qué le ocurre?

—¡Ahí es nada! ¿Sabe usted el «Capullo de rosas de fuego»? Pues ahora está haciendo compañía a las berzas.

—¿Cómo!

—Se derramó encima de él toda una cazuela de estofado y ahora está como para tirarlo a la basura.

—Pues, no se conoce.

—Claro que no. Como que éste no es el vestido de Madame Lucy.

—Nadie lo diría, sin embargo.

pues es de lo más hermoso que he visto yo en fiesta alguna.

—¿De veras?

—De veras.

—Pues entonces, haga el favor de decirme aquí cuándo se come.

—¿Bailando tan deliciosamente tiene usted ganas de comer?

—¿No ve que se estropeó todo el guisado al caer encima del vestido?

—Bueno, bueno, no se preocupe, que eso de la cena está en seguida arreglado. Es curioso... ¿Recuerda usted que cuando nos conocimos, también tenía usted hambre?

—¡Sí, es cierto! Le conocí a usted en ayunas...

Momentos más tarde, los dos jóvenes se instalaban ante el buffet, y allí Irene O'Dare supo demostrar que comía como una irlandesa: es decir, que sabía hacer honor a todos los emparedados, pastas y dulces que en profusión le presentaban los criados.

Entre toda aquella muchedumbre bulliciosa que comía, bebía, bailaba y se divertía había un hombre que no había probado bocado, ni bebido una copa de champán, ni fumado

un pitillo, ni bailado un baile, ni escuchado una canción. Este hombre no era otro que el simpático mister Smith, director de casa de Madame Lucy, por arte de biribiloque y decidido protector de Irene O'Dare.

—Pero, señor Dios mío—se decía el pobre hombre—, ¿qué debe haber ocurrido con nuestro «Capullo de rosa de fuego»? ¿Cómo se ha metamorfoseado en ese vestido ochocentista que luce Irene, con mucho garbo y elegancia por cierto? Yo me voy a volver loco. A decir verdad, que en casa ocurren cosas para desequilibrarle el cerebro al hombre más ponderado del mundo...

Iba soliqueando así, dando vueltas por el amplio salón, con las manos a la espalda, como un perro que ha perdido el amo, cuando, sin saber cómo, se tropezó con Irene y Don.

—Le felicito, señor Smith—dijo Marshall con su eterno aire optimista—, Esto es un éxito.

—Un éxito que no podemos referir a nadie... pero un éxito, que debemos a un secreto.

—Pues, con no revelarlo, estamos al cabo de la calle. Si todo pudiera arreglarse tan sencillamente, el mundo sería una maravilla.

Smith no podía quitarse de la cabeza lo del traje de Irene. Resuelto a aclarar el misterio, y suponiendo, no sin motivos, que Don estaba en el ajo, le preguntó a quemarropa:

—¿No podría decirme usted de dónde ha sacado la señorita O'Dare ese vestido?

—Ya lo creo—repuso Don Marshall con la mayor naturalidad—. ¿De dónde quiere usted que lo haya sacado? ¿De casa de Madame Lucy!

—¿De casa de Madame Lucy?

—Sí. De casa de Madame Lucy.

El señor Smith se quedó tan asombrado como si le hubiesen dicho que la Patagonia estaba en Oceanía. Pero ¡ocurrían cosas tan extrañas!

—¿Y que se hizo del otro traje?

—¡Oh, muy bien, gracias! En este momento, le aseguro que no pasa hambre. Se dió un atracón de estofado y se quedó tan campante. Creo que el basurero dará por él seguramente quince centavos.

—¡Pero, qué me dice usted! ¿Ese final ha tenido nuestro «Capullo de rosa de fuego»?

—Sí, señor. Un triste final. Creo que gastándose dos dólares de ja-

bón y dejándolo un par de semanas en lejía, será muy bueno para hacer con él unos zorros, o bien utilizarlo como estropajo para lavar los platos. Que le va usted a hacer. Es aquello que decimos: otros castillos más altos cayeron... Mañana daré instrucciones al contable para que pase su importe a la cuenta de Pérdidas y Ganancias.

—Bien, bien. Dejemos enterrado a nuestro «Capullo de rosa de fuego»... Y, a propósito, ¿se ha fijado usted en lo hermoso que le sienta «nuestro» nuevo modelo a la señorita Irene?

Smith tenía razón, porque el vestido de la irlandesita estaba causando verdadera sensación en el salón. La princesa Minette y la señora Vincent se extasiaban contemplándolo, y esta última supo, no sin cierto asombro, que procedía de casa Madame Lucy.

—Es extraño—pensó— que a mí no me lo hayan mostrado... Quizá la señorita O'Dare lo tuviera ya encargado...

¡Ah, si el fiel Betherton, que había reconocido a Irene como la joven empleadita de casa del tapicero Dixon, le hubiera contado la verdad! Pero Don, que estaba atento a todo, y no había dejado de

descubrir en el mayordomo una significativa mirada dirigida a la joven, se acercó a él y le dijo unas palabras en voz baja, a las que el otro quiso replicar.

—Sí, Betherton, sí...—acabó por decirle Don—. Tiene toda la razón,

pero la discreción tiene que ser siempre tu divisa.

—Tiene usted razón—contestó Betherton—. Pero si todos los criados dijéramos cuanto sabemos, cuántas catástrofes familiares se producirían.

«EL TRAJE AZUL DE ALICIA»

COMO se las compuso Don para bailar aquella noche todos los bailes con Irene O'Dare, es cosa que nos obligaría a extendernos demasiado. Pero hemos de consignar el hecho, en elogio de Marshall, que supo, con una habilidad extraordinaria, alejar de la joven irlandesa a todos los pretendientes, escabullirse con ella cuando olfateaba el peligro de algún otro galán atrevido, y hasta obligar a la orquesta a bisar cuando le convenía prolongar, a solas, su coloquio con la bella maniquí.

Si Irene se sentía aquella noche la más dichosa de las mujeres, había, en cambio, otra, a quien consumían la rabia y los celos. Esta no

era otra sino Lillian, la modelo desbancada por la joven irlandesa.

—¡Qué atrevimiento! — decía — presentarse en esta fiesta con un traje antiguo. ¿Se habrá figurado, acaso, que es algún personaje?

No se equivocaba, pues, en efecto, como un personaje estaba siendo admirada nuestra protagonista por la concurrencia. Todas las señoras decían:

—¡Qué vestido más lindo! ¡Qué cosa más maravillosa! ¿Quién lo habrá dibujado?

Smith, que estaba atento a todas las conversaciones, se apresuraba a intervenir:

—Si se refieren ustedes al vestido de la señorita O'Dare, les diré que se trata de una de las creacio-

nes de Madame Lucy. Es un recuerdo y una acertada evocación de cómo vestían nuestras madres en la deliciosa época romántica... ¿Saben ustedes que nombre lleva? Madame Lucy lo ha bautizado con el nombre encantador de «El traje azul de Alicia».

Entretanto, Irene, que no se separaba de Don, decía a éste:

—Es raro que no vea nunca a Madame Lucy en la tienda. Me gustaría que usted, que es tan amable conmigo, Don, me arreglara una entrevista con ella, para hablarle del vestido.

Don hizo un gesto raro al oír aquellas palabras.

—De momento, querida Irene, no podrá ser así. Precisamente, mañana salgo para un largo viaje. Me voy a las Islas Bermudas.

—Viaje largo—observó Irene.

—Largo, pero delicioso. Por lo menos, así me lo imaginé yo cuando hice mis planes. Desde luego, creo que el viaje será ideal, aunque no tanto como la velada que he pasado junto a usted, Irene. Baila usted maravillosamente, señorita.

—Y usted lo hace divinamente, Don...

La orquesta había terminado. No era prudente que Don y la joven siguieran su conversación a la vista de todo el mundo, y se separaron

cordialmente. Apenas Bob, que había estado toda la noche bailando con Eleanor, vió sola a Irene, se acercó a saludarla y la pidió, ya que no le había concedido ningún baile, le permitiese el honor de llevarla a su casa en coche.

La irlandésita aceptó, y un cuarto de hora después, Irene rodaba hacia su casa en el coche de Bob.

—Ha sido usted muy amable de llevarme hasta aquí—le dijo, cuando el vehículo se detuvo junto a la modesta mansión donde habitaba.

—El poderlo hacer me ha costado una pelea con Don. Contiese usted que eso de bailar con él todos los bailes esta noche...

—¡Si ni siquiera los he contado!

—Supongo que estará usted cansada...

La joven, en efecto, entornaba los párpados casi sin darse cuenta. Pero no era el sueño lo que la obligaba a ello, y se creyó en el caso de hacerlo constar así.

—No... No estoy cansada... Estoy pensando.

—¿Son agradables esos pensamientos?

—Reúno todas las impresiones de esta noche para guardarlas bien.

—¿Se ha divertido?

—¿Que si me he divertido? Ha sido la noche más agradable de toda

mi vida. No creo que nunca más pase otra igual.

—Pues yo creo que sí, que pasará otra... y muchas más.

Bob acompañó a Irene hasta la misma puerta de su casa.

—Buenas noches, Bob, y muchas gracias.

—Buenas noches, Irene.

—Buenas noches, los dos—pronunció entonces una voz que no era otra sino la de Don que, oculto en el rellano, les había visto llegar.

Como dos colegiales sorprendidos en falta y que esperan el castigo, los dos jóvenes bajaron la vista.

—Eres un chico listo, Bob—dijo Don—. Lo más salado de la tierra.

—Pero, ¿de dónde diablos ha salido usted?—preguntó Irene.

—¿De dónde? Pues de detrás de la esquina.

Prudente, Bob había emprendido la retirada. Cuando la irlandesita se halló a solas con Don:

—¿Se puede saber qué hace usted aquí?—le preguntó.

—Nada... He salido a dar un paseo por los docks, y he creído que era mi deber venir a darle las buenas noches...

—Muy amable... Se lo agradezco mucho.

—No vale la pena, Irene.

—Bueno, buenas noches.

Pero Don quería prolongar la con-

versación. La bella maniquí no le dio tiempo:

—Buenas noches... y no olvide que los docks están en la otra parte de la ciudad, y no aquí, cerca del Hudson...

La señora Granny, Jane y Helen no habían querido acostarse, tal era la impaciencia con que aguardaban el regreso de Irene. Aunque confiaban mucho en el talento y la habilidad de la joven, temían que la inutilización del pobre «capullo de rosa de fungo» por el malhadado episodio del estafado, hubiese tenido consecuencias poco agradables. Pero se les ensancho el pecho al ver entrar a Irene, brincando, cantando y saltando, que palmoteaba de alegría:

—¡Abuelita! ¡Jane! ¡Helen! ¡he tenido un éxito loco! Mi vestido ha sido el mejor y he triunfado en toda la línea...

La señora Granny no se atrevía a creer lo que veían sus ojos y escuchaban sus oídos.

—¿Eres tú o un fantasma?

—¡No, no! ¡Soy yo! ¡Tu Irene! Tu Irene que ha sido obsequiada, agasajada, mimada y admirada como ninguna otra de las asistentes a la fiesta.

—¿Y no se rieron del corte anticuado de tu vestido?—dijo Helen.

—¡Al contrario! Todo el mundo encontró que constituía una evocación deliciosa del pasado...

—¿Lo ves?—pronunció entonces sentenciosamente la señora Gran-ny—. ¿Lo ves cómo yo te decía que aquéllos eran vestidos y no los que se llevan ahora?

EL EXITO DE IRENE

A la aurora del nuevo día sorprendió satisfechísimos a todos los protagonistas de nuestra historia. A Irene, por su triunfo esplendoroso; a la señora Cranny, por el orgullo de que su nieta se viera de aquel modo elevada al pináculo de la gloria; a Jane y a Helen, porque, como en las comedias, todo había terminado bien, después de tantos sobresaltos, y a la señora Vincent, porque a ella también le había correspondido parte del éxito, puesto que bajo su techo había celebrado la fiesta de caridad cuyo rendimiento había resultado muy superior a lo que se esperaba.

Al bueno del señor Smith le costó mucho aquella noche conciliar el sueño. Había bebido abundante

champán, y ello le produjo una sobreexcitación que le impidió casi totalmente cerrar los ojos. Por fin, pudo descansar un poco, tras de lo cual, saltó del lecho, se duchó, se afeitó y se lanzó presuroso a la calle.

A pesar de que había dormido muy pocas horas, el señor Smith, que rezumaba satisfacción por la victoria de Irene, victoria, para los que estaban en el secreto, de la casa que dirigía, llegó a la hora a abrir su despacho de casa de Madame Lucy.

—Que no entre nadie aquí mientras no llegue la señorita Irene—ordenó.

Smith se dejó caer sobre el muelle sillón de su despacho, puso sus codos sobre la mesa y se cogió la cabeza con las manos.

—¿Qué magnífica idea! — murmuró.

Permaneció así largo rato, como si madurara un plan. Su cerebro, aquella mañana, parecía en ebullición. De tanto en tanto levantaba la cabeza, tomaba un bloque de notas, escribía sobre él, luego arrancaba la hoja y la rompía en menudos pedazos, volvía a enfrascarse en sus meditaciones y, de tanto en tanto, repetía:

—¡Sí, sí! ¡Magnífico! ¡Pirámida! ¡Maravilloso! Será lo nunca visto...

Oprimió el pulsador del timbre. Al instante apareció una empleada.

—¿Ha venido la señorita Irene?

—No, señor Smith.

—Bien. Cuando llegue, que entre en seguida.

—Perfectamente. ¿Puedo retirarme?

—Sí.

Smith continuó sus elucubraciones. De pronto, se dio una palmada en la frente.

—¡Cuidado que soy distraído! —exclamó—. ¡Estoy esperando a ver qué dice la prensa, y la tengo aquí!

En efecto: bien alineados, como soldados de un disciplinado pelotón, yacían en un ángulo de la mesa todos los rotativos matutinos de Nueva York.

Smith los recorrió rápidamente con la vista. Las primeras páginas de todos los periódicos, desde el más importante hasta el más modesto, publicaban en lugar destacado extensas reseñas de la fiesta de caridad de la princesa Ninette en casa de la señora Vincent, y, como es natural, tratándose de publicidad pagada, se prodigaban en elogios de Irene O'Dare, del «vestido azul de Alicia» y de las creaciones de la gran modista Madame Lucy.

Estaba leyendo las últimas líneas de la más importante reseña, cuando llamaron a la puerta. Era Irene.

—Señorita Irene, la felicito de todo corazón... Ha tenido usted un éxito personal... gracias a la casa que tengo el honor de dirigir, naturalmente. Para usted se abre hoy una nueva y esplendorosa vida... Pero tenemos que hablar... Tengo un proyecto.

Con voz baja, como si estuviesen llevando a cabo una conspiración, Smith estuvo hablando largo rato a Irene. Esta asentía solo con monosílabos. En cambio, Smith se extendía en largas consideraciones, que expresaba en parrafadas altisonantes como si estuviera haciendo un discurso. Cuando el diálogo hubo terminado:

—Y ni una sola palabra de todo esto, ¿eh, Irene? Ya sabe usted lo

que nos va a todos en el asunto. ¡La gloria y la fortuna de usted y de nuestra casa!

* * *

Cuando Irene explicó a su abuela los planes que abrigaba Smith respecto de ella, la señora Granny meneó la cabeza con disgusto.

—No creo que de todo esto saiga nada bueno.

—Pero ¿por qué, abuelita?

—Irene — dijo entonces gravemente la anciana señora —. Tú sabes los esfuerzos que he hecho yo siempre para arrancarte al ambiente teatral. Tu madre, tu santa madre, no me dió más que un disgusto en mi vida: quererse dedicar al teatro. ¡No hagas lo mismo que ella, Irene!

—Pero ¿acaso el dedicarse mi madre al teatro fué pernicioso para ella?

—No, hijita, a Dios gracias. Pero tu madre tenía sensatez, prudencia y tino... y además, aquellos tiempos eran mucho menos peligrosos que éstos.

—Además, ten en cuenta que eso no es para toda la vida, sino para una temporada.

—¿No se te ha ocurrido que los vecinos empezarán a hacerme preguntas?

—Sí, abuelita. Se me ha ocurrido.

—Ya me dirás qué he de contestarles yo.

—No hará falta que les contestes nada... porque nos mudaremos de habitación. Ya dejaremos esto arreglado pronto. Ahora, de momento, lo que tengo que hacer es escribir a Don.

Y, en efecto, aquella misma tarde salía una escuela de Irene dirigida a Marshall. Estaba concebida en términos un poco vagos que alarmaron un tanto a Don. Hombre práctico, tomó el primer «Clipper» y se dirigió a Nueva York como alma que lleva el diablo.

—¿Dónde está Irene?—preguntó apenas se hubo abierto la puerta de casa de la señora Granny.

Pero no era ésta la que salía a abrir, sino Jane.

—¿Irene?... No está aquí.

—Ya lo supongo... ¿A qué hora llegará?

—A ninguna, porque ya no vive aquí.

—¿Cómo que no vive aquí?

—No, señor... Se mudaron, ella y su abuela.

—Bien, ¿Y dónde vive?

—Eso no lo sé.

Pero Jane era demasiado ingenua para no dejar traslucir la verdad.

—Usted no es sincera, Jane...

Usted sabe dónde vive la señorita Irene O'Dare.

La muchacha quedó confusa ante la clarividencia de Don.

—Es un secreto...

—Ya supongo que será un secreto, pero no para mí, que soy su mejor amigo. ¿Qué hace ahora la señorita Irene?

—Eso sí que lo ignora.

—Lo cual quiere decir que, si bien ignora usted lo que hace actualmente la señorita O'Dare, conoce, en cambio, su dirección.

—En efecto, pero me ha recomendado que no lo diga a nadie.

—Pero a mí puede decírmelo.

—Quizá sí, porque en realidad, usted es la causa de todo... Si me promete que no ha de revelar que he sido yo quien le he dicho...

—¡Por el amor de Dios! Eso queda descontado. ¡No faltaría más sino que yo la comprometiera! Dígame la verdad, que yo sabré ser tan reservado como agradecido.

—Pues bien: ella dice que ha conseguido un empleo en Filadelfia, pero no es verdad... Si quiere verla, la encontrará en el número 460 de la Avenida del Parque...

—¿En el número 460 de la Avenida del Parque? ¡Dios de los cielos!

Sin querer saber nada más, Don Marshall saltó literalmente sobre el

volante de su coche y corrió a la dirección indicada.

Era un hotel lujosísimo.

—¿La señorita O'Dare? — preguntó a una sirvienta.

—No está en sus habitaciones, señor.

—Sin embargo, me han dicho que la encontraría aquí...

—Pues ahora ha salido.

—¿Dónde está?

—No sé si hago mal en informarle, pero ha ido al estreno de la revista de Max Gordon.

—Bien. Muy agradecido.

Don Marshall no entendía nada de todo aquello.

¿Qué podía haber ido a hacer Irene al estreno de la revista de Max Gordon?

Tomó nuevamente su coche y, resueltamente, se dirigió al teatro.

Cuando llegó, la muchedumbre se apiñaba ante las taquillas en demanda de localidades. Pero todo estaba vendido anticipadamente y en la reventa se exigían precios fabulosos.

—Pero ¿qué tiene de particular esta revista que hay tanta gente?

—preguntó, sin dar importancia a la cosa. Don.

Un caballero que fumaba un grueso puro y acababa de adquirir una localidad a un precio verdade-

ramente exagerado, se quedó mirándole de pies a cabeza.

—¿Qué tiene de particular? Pero ¿acaso viene usted del África central o de la selva del Amazonas? ¿No sabe usted que en la nueva revista se exhibe un cuadro en el que aparece la señorita Irene O'Dare?

—¿Irene O'Dare?—preguntó Don con la garganta seca, pero aparentando la mayor indiferencia en sus palabras.

—Sí, señor; Irene O'Dare. ¿Acaso no sabe usted quién es? ¡La que deslumbró a todo Nueva York vistiéndolo aquel famoso traje de la época ochocentista que había sido bautizado con el nombre de «El vestido azul de Alicia»!

—Bueno, bueno — dijo Don —. Pues compraremos una localidad.

—Sus buenos dólares le costará a usted.

—Si el espectáculo vale la pena, no me sabrá mal el dinero...

LA VENGANZA DE LILIAN

M ARSHALL penetró en el amplio salón de espectáculos. Lo más florido de la sociedad elegante neoyorkina se había congregado allí para admirar la fastuosidad de la nueva revista.

Don había conseguido una localidad en las primeras filas de butacas. En el momento en que iba a sentarse, se hizo un rumor prolongado entre el público y todos los espectadores repitieron:

—¡Mirad! ¡Mirad! Es la señorita O'Dare...

En efecto, Irene, bellísima como nunca, entraba en el teatro del brazo de la princesa Minette. Admiradores, fotógrafos, prensa, se precipitaban ante ella, solicitando «po-

ses», declaraciones periodísticas, autógrafos...

Don abandonó su butaca y se apresuró a correr hacia ella.

—¡Irene!—exclamó.

—Hola, Don—contestó ella, fingiendo una naturalidad que estaba muy lejos de sentir.

—¿Podría hablar a solas unos minutos con usted?

Ella no podía apenas dominar su emoción.

—No sé—repuso—si podrá ser ahora.

—Pero ¿qué significa todo eso?

—Todo es obra del señor Smith.

—¿Del señor Smith? ¿De aquel Don Nadie a quien yo hice director? ¿El es el responsable de toda esa transformación?

—Sí... y es algo que ha resultado maravilloso para mí. ¡Dicen que es un gran éxito!

La princesa Minette intervino:

—Querida, que van a levantar el telón.

Pero Marshall no quería separarse de Irene ni a tres tirones.

—Irene—dijo con voz casi suplicante—. ¿No podríamos cenar juntos esta noche? Entonces sería el momento de explicármelo todo...

—Me temo que hoy no podrá ser—dijo la señorita O'Dare.

—Pues, entonces, almorzaremos mañana juntos.

—No puedo... y lo siento. Estoy invitada en casa de la señora Vincent. Lo mejor sería que me llamara por teléfono a casa. Vivo en...

—Sí, ya lo sé. En el 460 de la Avenida del Parque.

—Sí... Eso es. Esas son mis señas.

Cuando Irene, junto con la princesa, ocupó el palco que tenían reservado, estalló una ovación formidable.

—Nadie diría—dijo un espectador que estaba sentado al lado de la butaca de Don—que es una gran estrella de cine.

—Parece—intervino otro—que la princesa le profesa un gran afecto...

Una señora, sentada en una bu-

taca de la fila anterior, intervino en el diálogo.

—Seguramente la ha conocido en casa de Madame Lucy.

—¿Madame Lucy?

—Sí. Es la modista de sus creaciones.

Comenzó la representación. La revista era fastuosísima, y el plato fuerte de la misma lo constituía una película que era una especie de relato de la historia del famoso traje azul de Alicia. Las ovaciones eran ensordecedoras y a cada instante, Irene veíase obligada a levantarse del palco y corresponder con un saludo al entusiasmo de la concurrencia.

De pronto, Don, que estaba furioso, apercibió a mister Smith. Fue en su busca y le llamó aparte.

—Smith—le dijo—, usted se regodea con su triunfo, pero yo siento decirle que todo esto no me gusta nada. Hay que terminar de una vez con esta serie de simulaciones.

—Nos estamos hinchando a ganar dinero, señor Marshall—contestó Smith con aplomo—y no veo que hagamos ningún mal con ello.

—¿Que no hay nada malo con ello? ¿Se imagina usted el daño que estamos haciendo a esa joven?

—¿Con qué?

—Con ese extravagante afán publicitario.

—¡Esa es buena! ¿Con que estamos haciendo daño a una joven por que la mantenemos, la vestimos, la elevamos al pináculo de la gloria convirtiéndola en la artista de moda? Pues, la verdad, señor Marshall, me parece que se equivoca usted de medio a medio...

—Yo no me equivoco.

—Irene está viviendo los momentos más felices de su vida. Tiene todo cuanto constituye la ilusión de una joven: vestidos, fiestas, bailes, aplausos, admiración, lisonjas...

—Precisamente esto es lo que no me gusta y hay que terminarlo de una vez.

—Es demasiado tarde, señor Marshall. Irene ya no es nuestra. Pertenece al público. Ella se ha escapado ya de nuestras manos.

—Hasta la han convertido en la estrella de la revista de Gordon.

—Ha sido idea mía...—arguyó Smith.—Es la mejor propaganda que se hizo jamás... ¡Todo fué idea mía!

—¿Idea suya? No sabe usted con qué gusto le rompería la cabeza. ¿Se ha detenido usted a pensar lo que le ocurrirá a esa joven cuando todo termine.

—Cuando todo termine, Irene se casará.

—¿Con quién? ¿Qué hombre que no haya perdido el seso se casará

con una joven cuyos gastos corren de cuenta de un modisto? Además, es conocida en los escenarios y clubs nocturnos...

—¿Sí? Pues mire usted, señor Marshall: la mitad de los muchachos de la sociedad elegante de Nueva York están locos por ella... incluso su amigo el señor Vincent.

Don dió un salto.

—¿Eh? ¿Qué dice? ¿Se refiere usted a Bob?

—¡Claro que sí!

Marshall calló, pensativo. Tuvo un instante de vacilación, y luego:

—Quizá tenga usted razón, señor Smith... Adiós.

La representación había terminado y la mayor parte del público se dirigía al bar, a fin de terminar dignamente la velada entre músicas y champán. Hacia allí se dirigió Don, no tardando en ver sentados ante una mesa a Irene, la princesa y la señora Vincent, que conversaban animadamente.

Bob se hallaba junto a ellas. Al verle, Don le saludó con un gesto y le invitó a tomar unas copas ante la barra.

Cuando estuvieron solos, Bob, que no pudo menos que reparar en el mal humor que se reflejaba en el rostro de Marshall, le dijo:

—¿Estás preocupado?

—Sí.

—¿Por qué?

—Por la forma poco digna como explotas a esa muchacha...

—¿Es algo malo enseñar a una joven la vida lujosa y agradable?

—¿Pero has pensado cómo puede terminar todo esto?

—Puede terminar de muchas maneras, pero lo más adecuado es un buen matrimonio...

Lejos estaban de sospechar los dos amigos que sus palabras eran escuchadas por alguien, y que en aquel momento se estaba tramando una monstruosa conspiración contra Irene.

Lilian, la despechada maniquí de casa de Madame Lucy, había acudido al estreno de la revista de Gordon y tomaba una copa de champán junto con un periodista llamado Webster.

—Está visto—dijo sibilinamente Lilian— Hace el juego con los dos y tiene locos a Bob y a Don.

—Pero ¿usted la conoce?—preguntó Webster con interés, olfateando el reportaje.

—He trabajado con ella como modelo y claro que sé de ella bastante... como compañera de trabajo, naturalmente.

—¿Entonces es maniquí profesional?

—Claro que sí. Trató de asom-

brarnos a todas y Smith pensó sacarle partido.

—¡Ah! ¿Y qué más?...

—Ya le explicaré luego... Fíjese ahora, fíjese: está bailando con Don. Antes bailaba con Bob... ¿No le digo a usted que está llevando el juego con los dos?

En efecto, Irene y Marshall bailaban un vals.

Ahora Don hablaba con acento grave:

—Irene... quiero decirle algo muy serio. ¿Verdad que a usted no le gusta todo esto?

—¿No gustarme? ¡Al contrario! Lo que me asusta es pensar que cualquier día, al despertarme me dará cuenta de que todo ha sido un sueño...

—¿No quisiera usted dejarlo?

Irene miró cara a cara a Marshall.

—He de confesarle que no—dijo con aire de absoluta sinceridad—. Figúrese que, de pronto, tuviera todo cuanto he ambicionado, frecuentara todos los sitios que deseara conocer y realizara todas las ilusiones que soñó su imaginación. Seguro que no lo despreciaría...

—Claro que no.

—Entonces, supongo me comprenderá. Es una especie de trato que me liga a usted... Con usted yo

puedo ser sincera... puedo hablarle como a mí misma...

—Claro: yo la conocí en una época en que en su vida de realidades no le habían fabricado una leyenda de reclamo...

—En todo caso y sea cual fuere el porvenir que el destino me depare, yo le quedaré siempre muy agradecida...

La orquesta había terminado de tocar y el espectáculo se daba por terminado. Comenzó el desfile. Un hombre, presuroso, tomó un taxi y se dirigió a la redacción de su periódico. Era Webster, que se disponía a improvisar en pocos minutos un reportaje de escándalo para que apareciera dentro de pocas horas...

Había una real sinceridad en los bellos ojos de Irene, que conmovió profundamente al muchacho. Se daba cuenta de que quizá había ido demasiado lejos aquella comedia, un poco grotesca, pero en la que comenzaba a haber algo de sarcasmo.

Y comenzó a reflexionar. ¿Era justo lo que estaba haciendo con aquella muchacha? Tenía derecho a jugar con su porvenir, haciéndola acariciar ilusiones que no habían de convertirse nunca, probablemente, en realidad. Cuando hubiese pasado el éxito de Irene como modelo, ¿qué sería de ella? Había libado las mieles del triunfo y éstas eran demasiado dulces para que pudiese trocarlas luego por el amargor de una vida humilde, de dependiente o de cortadora.

Y, por otra parte, era tarde para poner fin a aquel juego, lo que acarrearía probablemente la ruina del negocio...

¿Qué hacer?

El muchacho estaba indeciso. Tras breve vacilación encendió un pitillo y se dirigió al bar, donde absorbió otra copa de champán.

—Tengo que reflexionar muy seriamente—se dijo—. En fin, ya veremos mañana...

MARSHALL SE DECIDE

A la mañana siguiente, Irene se enteró por Granny del reportaje publicado por Webster, en el que se explicaba la verdadera identidad de la creadora del «vestido azul de Alicia».

Una oleada de vergüenza subió a sus mejillas. Hasta entonces no se dió cuenta del verdadero papel que había estado desempeñando en aquella farsa. Culpó de todo a Don y le llamó por teléfono.

—¡Usted es Madame Lucy!—le dijo a quemarropa—. ¡Usted me ha estado tomando el pelo! ¡Lejos estaba de sospechar que me explotaba en beneficio de sus negocios! ¡Eso no se hace!

Don aguantó el chaparrón, y por más que hizo, no pudo obtener una

reconciliación. Irene, después de haberle abucheadado, colgó el teléfono. Pero Don era un hombre que no perdía nunca el aplomo.

—Señor Smith—le dijo sin inmutarse, como la cosa más natural del mundo—, voy a casarme.

—¡Ah!

—Por consiguiente, necesito que a toda prisa se confeccione el traje de la novia.

—Perfectamente. ¿Cuándo se puede ir a tomar las medidas a su prometida?

—No hace falta. ¿Tiene usted las medidas de la señorita Irene O'Dare?

—Sí, señor.

—Pues como es de estatura y proporciones muy parecidas, mán-

delo confeccionar inmediatamente con esas medidas.

—Bien, señor Marshall—contestó Smith sin inmutarse, porque ya estaba acostumbrado a no sorprenderse de nada.

En aquel momento llegaba Bob.

—Quisiera hablar contigo—le dijo—. Voy a casarme.

—¡Caramba! ¡Hoy es día de noviazgos!—contestó Don.

—Sí; y quisiera que tú fueras mi padrino de boda.

—Hombre, con mucho gusto... ¿Y quién es la agraciada?

—Una chica inteligentísima, buena y hermosa como un ángel. ¿Qué le parece a usted, señor Smith?

—Seguramente—dijo éste—que se ha declarado una epidemia.

—Bueno, Bob, bueno—dijo Don a su amigo—. Perdona, que ahora tengo que salir. ¿Por qué no te vienes más tarde por aquí y acabamos de hablar del asunto? Porque yo tengo algo que decirte...

Expliquemos lo que había ocurrido.

Así que Bob hubo leído el escandaloso reportaje de Webster, y dándose perfecta cuenta del daño que, sin querer, habían causado entre todos a Irene, no tuvo más que una idea: reparar la falta.

Esto no podía hacerlo más que de una manera: casándose con la Ir-

landesita. Y se decidió a podirla en matrimonio.

A este efecto, se personó en su casa y le habló con el corazón.

—Tienes razón...—dijo, tuteándola por vez primera—. Todos juntos nos hemos dejado llevar por un juego peligroso. A mí, en verdad, nunca me hizo gracia ver que te explotaban como un muñeco. Pero esto ya ha terminado.

—¿Cómo?

—¿Cómo ha de terminar? Casándonos. Es el único final lógico del «vestido azul de Alicia»... ¿Quieres?

Irene no supo qué contestar. ¿Amaba a Bob? No lo sabía. Pero su actitud noble, correcta, caballerosa, la cautivó y no pudo contestar negativamente al dulce requerimiento.

—Sí — respondió sencillamente, inclinando su linda cabecita.

Pero aquel «sí» no era sincero. Era más la aceptación de una sentencia —¡agradable sentencia, al fin y al cabo!— que la réplica apasionada a una declaración amorosa. La llama del amor ni había prendido todavía en el corazón de Irene, belleza arisca, hasta entonces reacia a toda manifestación emotiva. Había contestado afirmativamente porque no hubiese sabido responder de otro modo a la declaración del

joven. Y, por otra parte, veía en aquel episodio el lógico final de la serie de aventuras de las que era protagonista desde hacía unas semanas.

Sí, se casaría, si no enamorada de Bob, por lo menos agradecida, y ¡quién sabe!, tal vez con el tiempo, seducida por la vida de lujo y ostentación que llevaría, llegaría a sentirse feliz y hasta a amarle.

La señora Granny, al saberlo, estuvo a punto de derramar lágrimas de dicha.

—El amor—dijo—ha encontrado la explicación de todo... Ahora ya no podré avergonzarme de las mentiras que me has hecho contar diciéndome que te habías marchado a Filadelfia...

—La boda se celebrará dentro de la mayor sencillez en el castillo de Roslyn—explicó Irene—y Bob quiere que asistas a la ceremonia...

—¡Oh! —protestó la abuela—. ¿Pero no ves que eso es imposible? ¿Cómo quieres que una mujer chapada a la antigua como yo se mezcle a una concurrencia tan fina? Ellos no alternan conmigo, y yo no alterno con ellos.

—Pero, querida abuelita...—dijo Irene con voz suave—. ¿no ves que soy también yo quien quiero que vengas?

Granny sonrió bondadosamente.

—¡Ah!—dijo, sin poder disimular su satisfacción—. En ese caso, ya es cosa distinta...

ELEANOR

CUANDO se hizo pública la noticia en el castillo de Roslyn la noticia del próximo enlace de Bob Vincent con Irene O'Dare, hubo dos personas que lo recibieron con enorme contrariedad.

El primero fué Don Marshall, que se quedó petrificado al saber que su amigo y socio le había birlado la novia. La segunda, Eleanor Worth, que se había hecho siempre la ilusión de casarse con Robert.

Cuanto más inteligentes, los hombres acostumbraron ser más tontos cuando se trata de cuestiones de amor.

Eleanor, huérfana rica, pasaba la mayor parte de su vida como invitada en el castillo de Roslyn. La señora Vincent la profesaba un cari-

ño casi maternal, y había abrigado siempre esperanzas de que un día los dos jóvenes acabarían por casarse.

Para Bob, la misma franqueza, el mismo afecto, el mismo cariño que sentía hacia Eleanor hacia que la considerase como una hermana y no se le hubiese ocurrido nunca que tenía, por así decirlo, la felicidad al alcance de su mano.

Y la realidad era que Bob no estaba tampoco enamorado de Irene. Ciertamente no le desagradaba, pero iba a aquel matrimonio más por deber que por convicción.

Cuando Eleanor supo la decisión de Robert, sufrió una conmoción tal que tuvo que retirarse a sus habitaciones, pretextando una súbita indisposición.

Tampoco a la señora Vincent agradó aquel casamiento. No sentía, es cierto, antipatía hacia Irene, pero su origen plebeyo la desagradaba, y ya sabemos cuán orgullosa estaba del árbol genealógico, que, precisamente, la joven irlandesa había llevado a su casa después de ser lujosamente enmarcado en piel por la casa Dixon.

Sin embargo, para una dama como la señora Vincent, el acontecimiento constituyó, por lo menos, una agradable distracción. En un ambiente de alta sociedad, como ella se movía, un casamiento era algo que llevaba una profunda transformación a su vida. Tenía que atender a mil y un detalles, preocuparse de un sin fin de cosas, y así como hasta entonces había permanecido siempre en el placido lecho hasta las nueve y media o las diez de la mañana, ahora se levantaba a las ocho, almorzaba precipitadamente y todo el día andaba de acá para allá, atareadísima, y aunque llegaba a la noche punto menos que derrengada, el cambio de vida producía en ella una especie de estímulo que no la disgustaba, antes al contrario, por más que cuando había terminado de conar y se dispusiera a acostarse, repetía siempre la misma exclamación:

—¡Ay, Dios mío! Yo me volveré

loca. ¡Tengo unas ganas que se haga este dichoso casamiento!

Pero, si hubiese sido sincera, quizá hubiese confesado que no, que expedimentaba deseos de que la boda se aplazase, para que siguiera aquel ajetreo que durante unas semanas ponía la sal de lo imprevisto en la insipidez de su vida fácil y regalada.

Alguien dijo que la vida sin preocupaciones es aburrida. Quizá no sea exactamente así, pero aquellas personas a quienes la vida ha sonreído siempre, que nunca han tenido preocupaciones de tipo económico, viven una existencia tan uniforme, que al final vegetan en el más completo aburrimiento.

Hay momentos en que las diversiones, por interesantes que sean, hastian; en que los manjares, por muy refinada que sea la cocina de donde proceden, aburren el paladar; en que el mismo confort de un muelle sillón resulta incómodo. Y es que la naturaleza humana necesita diversidad.

En esto pensaba la señora Vincent a ratos, y se decía que quizá la introducción en su familia de una persona plebeya, cosa que tanto la había molestado al principio, traería nuevas costumbres que quizá la hicieran la vida más agradable.

Pero que la señora Vincent, que

era, ante todo, madre, se iba dando cuenta de una cosa que la preocupaba profundamente: el que más ajeno parecía mostrarse al próximo acontecimiento era el protagonista.

Bob aparecía como un poco atontado. Cuando le hablaban de Irene, sólo sabía decir que era muy bonita. Y la señora Vincent, que tenía bastantes dotes de psicología, se daba perfecta cuenta de una cosa: de que cuando un hombre, sea de la condición que sea, ama a una mujer, pondera más en ella otras cualidades que la belleza.

Y no es que Irene no tuviese, aparte sus atractivos físicos, otros morales y sin duda más estimables. Pero sólo el amor verdadero hace que los novios se den cuenta de ellos. Y Bob—su madre lo veía cada vez más claro—no estaba enamorado de la joven irlandesa.

Varias veces estuvo tentada de tener una entrevista a solas con su hijo y pedirle que le dijera la verdad. O, mejor dicho, hacerle comprender, con su sagacidad femenina, que estaba equivocado. Pero retrocedió ante la idea del escándalo, y, sobre todo, del daño que con ello haría a Irene.

¿Que iba a ser, en efecto, de la pobre muchacha, si aquel matrimonio no se llevaba a cabo? Ya era difícil su situación antes del noviaz-

go, pero si se rompía éste, lo iba a ser todavía más.

Naturalmente que el asunto hubiese tenido una solución, que ciertos espíritus simplistas hubiesen hallado elegante: una indemnización. En un ambiente puramente norteamericano, la cosa hubiese sido juzgada lógica. Pero ni la señora Vincent se había adaptado del todo a la manera de ser del bullicioso Nueva York, ni la joven O'Dare, rebelde como todas las irlandesas, se hubiese prestado al juego.

Hay mucha gente que, preocupados con su propio problema, no ven el de los demás. Y éste fué el caso de la señora Vincent. Si hubiese observado con más atención a Eleanor Worth y a Don Marshall se diera sin duda rápida cuenta de que allí estaba la clave del problema.

Marshall iba alguna vez a casa de los Vincent. Y si Bob afectaba un aspecto extraño, Don hacía lo mismo.

Don, temperamento un poco alocado, inconstante, despreocupado, había sufrido una honda transformación.

Empezaba a darse cuenta de que había cometido una equivocación fundamental. Mejor que todo lo que había hecho, ¿no hubiese sido preferible declararse a Irene y casarse con ella?

Porque Don, al revés de Bob, había leído más claro en el corazón y en el alma de la joven irlandesa. El había adivinado en Irene las dotes morales que la adornaban, y admiraba que hubiese sabido mantenerse digna en el ambiente frívolo en que vivía desde hacía tiempo.

Por su parte, a Eleanor tampoco parecía satisfacerle el proyectado enlace. De inteligencia superior, de cultura refinada, la joven amiga de los Vincent supo disimular la contrariedad y trató siempre con suma corrección y hasta con cierto cariño a la irlandesa.

Irene, muchacha inteligente, se daba perfecta cuenta de todo aquello. Comprendía que en aquel hogar reinaba el peligro de que se la llegase a considerar como una intrusa. Mas tampoco ella se atrevía a tomar una determinación.

—Te veo triste—le dijo un día su prometido.

—No, no—protestó Irene—. Es precisamente esta felicidad tan inesperada la que me tiene un poco atontada. Me deslumbra este ambiente de riqueza, tan distinto a aquel en que yo me he criado.

—Pero tú bien sabías adaptarte a las fiestas mundanas, a las exhibiciones de trajes...

—Sí, pero aquello era comedia. Y esto, no. ¿Verdad, Bob?

—Sí... Claro... Verdad —balbuceó Robert Vincent, sin saber casi lo que decía.

* * *

Un día, mientras estaban muy atareadas en los preparativos de la boda, la señora Vincent se decidió a decir a Eleanor:

—La verdad, que tengo la sensación de que este matrimonio no nos gusta a ninguna... ¿Por qué no te enamoras de una vez de Bob y nos ahorras a todos esta humillación?

—Ya es demasiado tarde para pensar en estas cosas—repuso tristemente Eleanor.

En aquel momento llegó Bethornton, seguido de un criado.

—Russell—le dijo—, coja usted ese árbol genealógico y llévelo al rincón más oscuro de la bodega.

Era una orden dada por Bob, que no quería que aquel cuadro pudiese constituir una humillación para su futura esposa.

—El día que a mí me guste un hombre—pronunció Eleanor—no me va a importar que haya nacido en las Montañas Rocosas o en la Isla Desierta.

—¿Qué bien hablas, Eleanor! —dijo la señora Vincent—. ¿Qué inteligentes son tus palabras!

* * *

Como la boda, aunque celebrada en la intimidad, había de celebrarse a todo lujo, la señora Vincent decidió que días antes se hiciese una especie de ensayo para ver si el traje de la novia sentaba bien a Irene y si Bob luciría impecablemente su traje de etiqueta.

Irene se opuso al ensayo, alegando que ya se había probado el vestido en casa de Madame Lucy y que estaba segura de que le sentaba perfectamente bien.

—Pero no es sólo probar el traje, Irene—dijo la señora Vincent—. Es la colocación de los invitados, el orden del desfile...

Después de mucho discutir, se acordó que se haría el ensayo, con asistencia de los invitados más íntimos; pero la señorita O'Dare dijo que prefería no asistir, alegando que era muy supersticiosa y que en Irlanda decían que eso trala mala suerte.

Bob tampoco manifestaba gran entusiasmo por aquel acto, que le asemejaba una comedia.

El día fijado para el ensayo, ni siquiera se había peinado cuando el fiel Betherton le avisó que era hora de bajar al salón.

—No sé qué papel voy a hacer yo en esta mascarada—dijo—. Para ir sin la novia...

El mayordomo sonrió.

—Tendrá usted novia—dijo.

—¿Cómo? ¿Irene se ha decidido a asistir al acto?

—La señorita O'Dare, no, señor Robert, pero su mamá, que está en todo y siempre halla solución a todos los problemas por intrincados que sean, lo ha resuelto de otro modo.

—¿Ah, sí?

—Sí, señor. Quien hará de novia será la señorita Eleanor Worth.

En el semblante grave de Bob apareció una sonrisa de sorpresa y satisfacción a la vez.

—Hola... pues no me disgusta la idea de mi madre, Betherton. Dame el peine.

¿Por qué Bob, a quien momentos antes le hacía muy poca gracia todo aquello y que no había pensado para nada en su elegancia personal, comenzó a acicalarse como un lechuguino y hasta solicitó el concurso del fiel mayordomo para corregir ciertos detalles de su indumentaria? Misterio... Pero lo cierto es que, cuando hizo su aparición en el salón, iba hecho un impecable «dandy», y hasta, cosa inaudita en él, se mostró galante con la señorita Eleanor.

—Estás muy guapa con este vestido, Eleanor.

—Gracias, Bob—contestó la joven, bajando los ojos y visiblemente halagada por el cumplido.

—Si perdieras un poco de peso, estarías mucho mejor.

—No me interesa perder peso.

—¿No? Pues yo diría que sí, chica. Hace una porción de días que no comes apenas... Se diría que te has puesto a régimen.

—¡Te has vuelto muy observador, Bob! Ya me habían dicho que, a medida que los hombres ponían años, se volvían más observadores.

—Bueno, con buenas palabras me has dicho viejo. No está mal. Claro que sí, que al lado de una chica tan lozana como tú yo parezco un viejo. ¿Me permites que te tome del brazo, puesto que ahora eres, o, por lo menos, representas mi novia?

Eleanor ofreció su brazo gustosa, con un hondo suspiro que no pasó desapercibido para Bob. Y juntos, abrieron la marcha de aquel destile singular, que quería ser nupcial, pero que no tenía nada de alegre.

* * *

Momentos más tarde, Don Marshall llegaba a casa de los Vincent.

—¿Dónde está Bob? —preguntó al fiel Betherton.

—Están haciendo el ensayo de la boda—contestó el mayordomo.

—¿Con la señorita Irene, naturalmente?

—No, señor. La señorita O'Dare no asiste al acto. Parece que no se encuentra muy bien... La substituye en el ensayo la señorita Eleanor.

—¡Esa sí que es buena! —dijo Don—. Bueno, pues, mientras termina el simulacro, me voy a pasear por el jardín. Antes deme un whisky con soda.

Inginó la bebida y salió al jardín. En un rincón, recostada sobre el respaldo de un sillón, Irene lloraba amargamente...

—Bob...—suspiraba—, Bob...

De puntillas, Don se acercó, de espaldas a ella.

—Perdóname—decía—. No he podido asistir a ese ensayo... Me hubiese desmayado... Me dirás que soy una desagradecida, que no hay derecho a hacer lo que hago contigo... Pero yo no puedo casarme contigo, Bob... Y no podría amarte... Quiero a otro... a quien quiero... ¡es a Don!

—¡Cómo! —exclamó entonces Marshall en el paroxismo de la dicha—. ¿Que es a mí a quien quieres? ¡Dímelo, dímelo! ¡Repítelo otra vez!

—¡Oh!—gritó Irene, al ver que

quien estaba ante ella no era Robert, sino Marshall.

—No te muevas, Irene, por favor; no te muevas de aquí que yo voy a arreglarlo todo en seguida.

Como un loco corrió hacia el salón. En aquel momento regresaban todos del ensayo. Eleanor estaba intensamente pálida. Sin dejarla del brazo, Bob le hablaba muy quedo:

—Sí, Eleanor, sí... He sido un imbécil... Porque yo sólo te quiero a ti... a ti y a nadie más que a ti... Los hombres somos idiotas. No nos llaman la atención más que las mujeres que nos desprecian o nos miran con orgullo... En cambio tú, tan hermosa, tan buena, tan cariñosa... que me hubiesen dicho que sí a la primera indicación... ¡Y yo sin saberlo ver que nos queríamos! Pero yo arreglaré esto. Voy a desligarme como pueda...

—No podrás hacerlo, Bob—dijo Eleanor casi con un sollozo.

La señora Vincent no pudo menos que reparar la honda emoción que se reflejaba en el bello rostro de Eleanor.

—Eleanor... ¿qué te ocurre? Tú estás enferma... ¡A ver si ahora se nos pone en cama con la gripe y nos estropea la boda!

Hizo una pausa.

—La realidad es que tú estás enamorada de mi hijo... y mi hijo

de ti... ¡Valiente idiotez! Os conocéis los dos desde que erais niños y no os dais cuenta de la realidad de vuestros afectos hasta ahora... ¡Y la pobrecita Irene que está loca por Bob!

—¿Sí? ¿Lo cree usted así?—exclamó Don haciendo en aquel momento su aparición ante el grupo.

—¿Eh? — preguntaron todos a una.

—Yo estoy dispuesto a demostrarles todo lo contrario y para ello apelo al propio testimonio de Irene.

—¿Pero qué dices, chico?—preguntó Bob.

—Lo que oyes.

—Estaba íntimamente convencido—dijo entonces el hijo de la señora Vincent a Eleanor—que Irene estaba enamorada de Don. ¡Y todos nos estábamos engañando mutuamente!

—Pero—dijo entonces la señora Vincent—¿Don la quiere, sabiendo su pasado y lo de Madame Lucy?

—¡Claro que sí!—dijo Bob—¿Como que Madame Lucy es Don?

—¿Eh? ¿qué?

—Sí, mamá. Durante varios meses cada uno de nosotros ha estado representando su pequeña comedia... todo con atenes publicitarios, que ha dado un resultado económico magnífico. El negocio de modas

resulta una verdadera mina y podemos perdonarnos mutuamente de haber estado representando, répito, una comedia.

La señora Vincent, levantó los ojos al cielo, contempló después a

todos los circunstantes, y con aire sentencioso epilogó el diálogo con estas palabras:

—Una comedia... Sí, una comedia... Menos mal que esta comedia va a terminar en doble boda...

FIN

!!!EXITO!!!

JARDIN DE PAPEL

Versos de RAFAEL DE LEON

el celebrado autor de

"El viento se lo llevó" "Tatuaje"

"La Lirio" "La Parrala" etc., etc.

10 pesetas

Los artistas más célebres - Las grandes producciones - La mejor literatura

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

2 ptas.

El bailarín pirata	Charles Collins
Melodía de Broadway	Robert Taylor
Apuesta de amor	Gene Raymond
Vuelta de Arsenio Lupin	Warren William
Héctor Fioramosca	Gino Cervi
El mundo a sus pies	Lilly Pons
Suplida en vida	A. Nazzari
Defensores del crimen	Richard Dix
Aventura Pampadour	Kara de Nagi
Melodía roja	Willy Birgel
Titanes del mar	Victor McLaglen
Cupido sin memoria	Ann Southern
Maria Itona	Paula Wessely
Posada Jamaica	Charles Laughton
El caso Vare	Cleve Brook
Quimera de Hollywood	Joan Fontaine
Los tres vagabundos	Heinz Ruhman

SERIE ALFA

2'50 ptas.

Sabá, Toomay de los cientos	Sabá
Tú cambiarás de vida	Id. Redgrave
Los dos niños de París	C. Bingham
¡Es mi hijo!	Lil Dagover
La última aventura	Lucy Grant
Vacaciones Jones Harvey	Mickey Rooney
Margarita Gautier	Greta Garbo y Robert Taylor
Mortal sugestión	Ann Harding
Una chica insuperable	Danielle Darrieux
Baja manto de la noche	Edmund Lowe
Alarma en el expreso	M. Redgrave
Crimen de medianoche	Ramón Farade
Los dos ojitos	Jacques Tavioli
Pygmalion	Leslie Howard
Maria Estuardo	K. Hepburn
Cuidado con la s. haca	Michael Redgrave
Por la dama y el honor	Paul Lukas
El día que me quieras	Carlos Gardel
El signo de la Cruz	Elisa Landi
El asesino invisible	Walter Abel
El pequeño lord	Fred. Bartholomew
Taxón de las fieras	Buster Crabbe
Alharcus nocturno	Greta Gynn
El misterio de Villa Rosa	Judy Kelly
Acusada	Dolores del Río
Faja de hombres	Mickey Rooney
La profecía milenaria	Gene Raymond
Los peligros de la gloria	James Cagney
La bella rebelde	Ann Southern
Buscando fama	Don Ameche
Una mujer imposible	Jenny Juso
El hombre del Níger	Victor Francen
Extranos en luna de miel	Hugh Sinclair
Fruto dorado	Clark Gable
Andrés Harvey Tenorio	Mickey Rooney

BIOGRAFÍAS DEL CINEMA 1'25 ptas.

Imperio Argentina	Estrellita Castro	Alfredo Mayo	Manoel Luna
Miguel Ligeró	Melvyn Douglas	Antonio Vico	James Stewart
			Charles Boyer

BIBLIOTECA FILMS NACIONAL

2 ptas.

La última falla	Miguel Ligeró
La reina mora	María Arias
Rinconcito madrileño	P. C. Velázquez
Maria de la O	Carmen Amaya
[No quiero] [No quiero]	José Baviera
La canción de Alca	L. Argentina
Erre tres hermanas	Luisita Gargallo
Bohemia	Emilia Allaga
Don Floripondio	Valeriano León
Los hijos de la noche	Miguel Ligeró
Martingala	Nino Marchena
Rápidame usted	Celia Gámez
Usted tiene ojos de mu- jer fatal	R. de Sentmenat
Tierra y cielo	Maruchí Fresno
¡Al-Alá!	Inés de Val
¿Quién me compra un lio?	Maruja Tomás
Alas de paz	Lois de Valois

SERIE ALFA

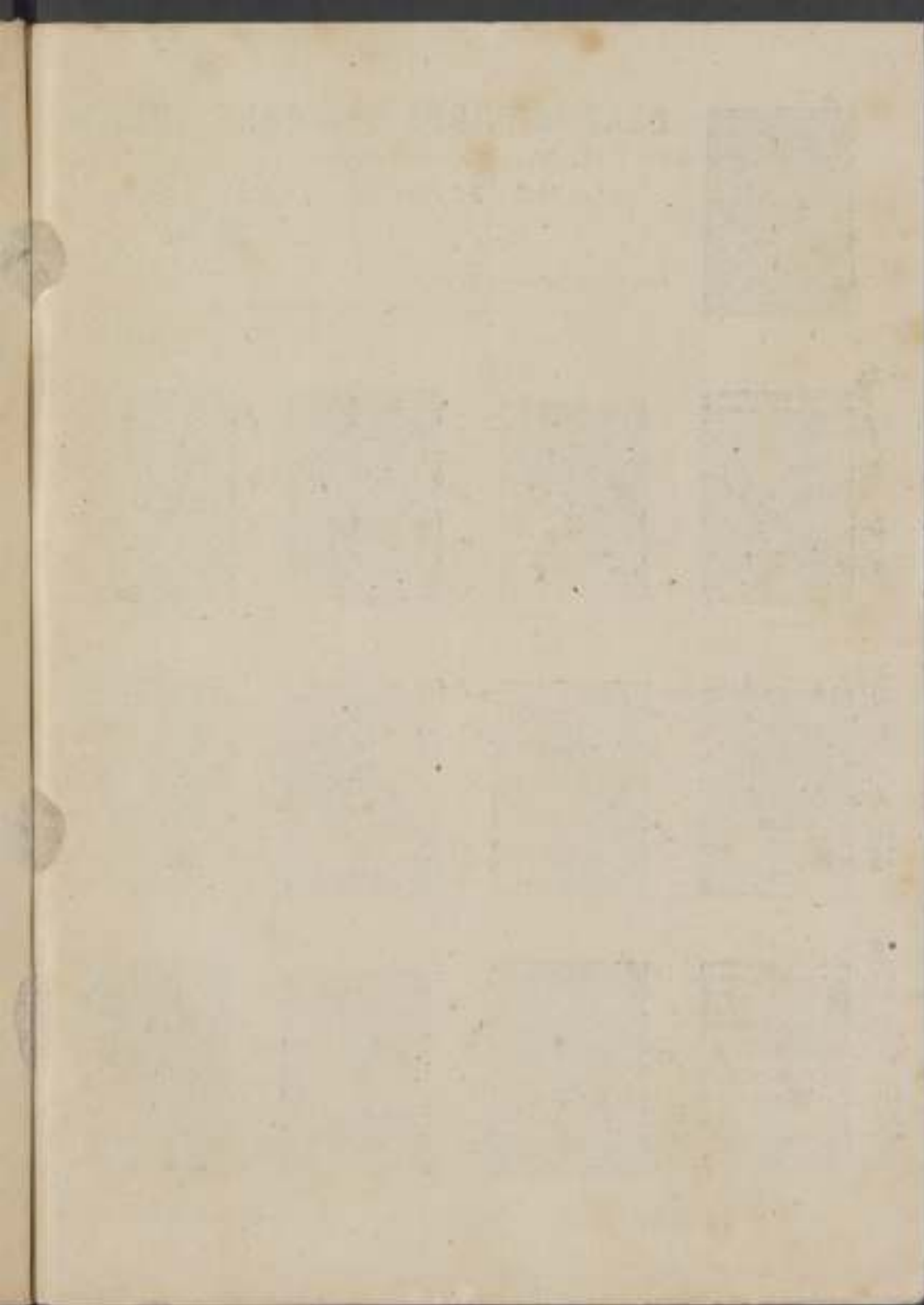
2'50 Ptas.

Carmen, la de Triana	L. Argentina
El sobre lacrado	L. Gargallo
La Doloresa	Rosita Díaz
La Millana	R. de Sentmenat
Suspiros de España	Miguel Ligeró
Gloria del Moncayo (La de Aragón)	M. de Diego
El octavo mandamiento	Lina Yegros
Rumbo al Cairo	Miguel Ligeró
El difunto es un vivo	Antonio Vico
Molinos de viento	Pedro Terol
La alegría de la huerta	Flore Santacruz
El barbero de Sevilla	Miguel Ligeró
Sol de Valencia	Maruja Gómez
Melodía de arrabal	L. Argentina
Mysterio en la Marisma	C. Gardel
Rosas de otoño	Tony D'Algy
La patria chica	M. F. L. Guevara
La chica del gato	Josita Hernán
Un anredo de familia	Mercedes Vadino

SELECCIONES

BIBLIOTECA FILMS 1'25 ptas.

A la lima y al limón	Miguel Ligeró
La Parrala	Maruja Tomás
La Putenara	Juan Montfort
Verbena	Maruja Tomás
Rosa de África	Rafael Medina
Noche de engaño	Amadeo Nazari
Cautivo del deseo	Leslie Howard
Flor de sapino	Gracia de Triana
Tú Begarís	Roberto Rey





CELEBRIDADES DEL CANCIONERO

La decana y clásica publicación en su género

CELEBRIDADES DE VARIETÉS

CANCIONERO

6 de mayo de 1974

30 octubre de 1931

A M P E

GARDEL

Los más eminentes artistas

Los más célebres autores

Los mas grandes éxitos



Precio: 2'50 pts.

Imp. Central - Valencia 234

